

Axxón 127, junio de 2003

Editorial - Axxón 127

La magia existe



Por diversas causas, muy personales y poco alegres para relatar aquí, he estado circulando por el barrio donde pasé mi niñez y adolescencia. Debía caminar todos los días, de ida y de vuelta, catorce cuadras de ese barrio, y eso, que parece una carga, en realidad me produjo un gran placer. Descubrí —o recordé— que este barrio tiene lugares mágicos para mí. Son muchos, y puede ser aburrido para los demás que trate de recordarlos a todos.

Voy a hablar de uno en especial, un lugar que se me ocurre misterioso y —como dije— lleno de magia. Era una cuadra, o quizás dos cuadras, de una calle de tierra en la que habían dejado, al urbanizar, una hilera de viejísimos pinos siguiendo la línea central de la calle. No sé por qué hicieron esto, pero a mi gusto quedó muy bien. Los pinos tenían gruesas cortezas, grandes raíces, daban una sombra magnífica y evocadora y emitían un aroma alucinante. Si existen lugares para sentarse a meditar, aquí en la llanura, donde vivimos, lejos del mar y de las montañas, uno como éste es, creo yo, el ideal.

La realidad es que mi caminata pasó por una calle transversal que, con sólo hacer una cuadra, me llevaría hasta ese lugar tan mágico. No fui hasta el lugar en sí. Bastó el recuerdo para sentir el fresco de esa sombra y el aroma tan maravilloso de esos pinos. La verdad es que, dado que me encuentro en una época en que las cosas me van bastante mal, preferí no ir hasta allí. Preferí no saber si los árboles fueron talados y el lugar ya no existe.

Sin embargo, meditando, me di cuenta de que aunque los árboles, la sombra, el aroma, los viejos troncos, la intrincada corteza y las extrañas raíces ya no estén allí el sitio **SÍ** existe. Si no existiera no podría describirlo y no podría sentir, como siento, estas sensaciones. Esos árboles —que quizá estén aún en mi barrio— están en mi mente, que es un mundo. Están transformados en algo

más que lo que realmente son —o eran—, porque han cobrado magia. Tienen la capacidad de producirme felicidad y paz. La felicidad de un buen recuerdo, una paz que mi mente y mi corazón necesitan.

No quiero discutir esto con nadie, y no voy a decirlo como una opinión, sino como una absoluta y certera afirmación: lo que estoy describiendo **ES** magia. Es pura y poderosa magia. Viene de adentro de mí, está en mi mente, y produce algo muy fuerte, que no puedo calificar de otra manera que no sea con la palabra milagro.

Alguien pensará que pasaba horas en ese lugar de los árboles y que iba, en algún momento de mi pasado, prácticamente todos los días. No es así. Debo haber circulado por ese lugar cinco o seis veces en mi vida y, que recuerde, sólo una vez me detuve y me senté en una raíz a respirar su magia. Pero esta brevedad no desmerece el efecto que producen en mí; al contrario, acrecienta su poder.

Ya que los días de caminata fueron muchos, recordé otros lugares. Esos sí que ya no están, pude verlo. Recordé que a la izquierda de la calle de la casa de mis padres, yendo hacia el norte y a unas cuadras, comenzaba un campo. Concretamente, y así de simple: un campo. A lo lejos se veían unas vacas y aquí cerca, y también más allá, había grupos de árboles. Sinceramente no recuerdo si había alguna casa allí dentro —creo que sí—, pero sí tengo muy presente que había una cancha de fútbol y que ahí nos llevaban a jugar las maestras de mi escuela algunos días patrios y el día de la primavera. Esos días, que disfruté con inocencia, traen a mi mente mucha calidez, muchos recuerdos mágicos plenos de aromas, colores y caras. Más magia para endulzar el presente.

El campo ahora fue dividido en parcelas y está cubierto de casas y calles. No digo que sea malo.

A unas dos cuadras hacia el este del campo, enfrente a la actual zona comercial de la calle más importante del barrio, había un terreno despejado. Allí se ubicó una vez un circo, pero yo no era muy afecto a los circos. Pero otro año organizaron en ese lugar lo que se llamaba una “kermesse”. Había puestos de entretenimientos, parrillas donde se asaba carne y chorizos (para esa época, el humo no era contaminación), luces, música y lugares donde se bailaba. Fue para carnaval, yo tendría cinco años, o por ahí menos, y corría sin parar haciendo volar mi capa negra, porque me habían disfrazado de “El Zorro”. Puedo sentir la emoción y las impresiones que galopaban en mi pecho. Era pura felicidad. Mis padres eran jóvenes, las cosas estaban bien y yo estaba feliz. Todos lo estábamos.

Sé que esto se llama nostalgia, y sé que debo haber pasado una línea en la vida en la que este sentimiento toma una fuerza importante. Para muchos será un signo de que Eduardo se está volviendo gagá, flojo, sentimental, casi un anciano. Justamente esta sensación, la de que los años han pasado y que deseo tranquilidad y paz para mi mente me hace decir, en respuesta, “Bueno, así debe ser” en lugar de ponerme a pelear. Todos crecemos y nos arrugamos. Y maduramos. Si es así, si los rasgos de ancianidad me están copando, no es algo que me deba avergonzar. Es parte de la vida.

El análisis de todo esto, lo que me llevó a incluir esta introspección tan personal en un Editorial de la revista Axxón, es que viví estos días unos hechos que me han permitido usar con absoluta libertad y convicción la palabra “magia”. No es que ese lugar que nombré, que podría existir sólo en mi mente, esté dotado de alguna indetectada fuerza de la naturaleza, capaz de movilizar cosas por el aire, hacerlas desaparecer o aparecer, sino que es, sin duda, una fuerza de la mente que sirve para cosas mucho más poderosas que volar sobre una escoba. Los recuerdos, las creencias, las sensaciones placenteras que han quedado fijas en nuestra mente conforman un mundo, un universo. No se trata sólo de lugares mágicos, se trata de nosotros mismos. Estamos hechos de eso: de un animal —así nacemos— y de ese universo que construimos, o quizás debería decir “que se construye”, en nuestra mente.

Es mágico porque es único. Los mismos árboles que me dan una sensación de paz podrían traer un recuerdo desagradable en otra persona, quizás porque le desagrada la sombra, o le molesta que haya árboles en medio de una calle, o porque cree que los árboles son sucios y traen bichos. A mí me despiertan imágenes —producto de la imaginación— que, comprendo, no son universales ni automáticas. Tienen que ver con los cuentos que mi madre tuvo la paciencia —y sé que también placer— de contarnos y leernos a mí y a mis dos hermanos. Esos cuentos, los ejercicios de la mente que esas historias provocaron, deben haber sembrado magia en mi mente. Mi mente se hizo capaz de extraer más cosas que puros hechos de los hechos de la naturaleza. Comencé a encontrar interesante dar un paso más, e imaginar, y soñar, y especular. La imaginación es una fuerza de la naturaleza. Los hombres hemos transformado el mundo con la imaginación. No se me ocurre otra capacidad, aparte de lo que se llama genéricamente “inteligencia” —que creo que en realidad es una suma de cosas más que algo acotable— que nos diferencie más de las otras especies.

Y de alimentar y fortalecer la imaginación se ocuparon miles de

millones de madres, y padres, por qué no, y abuelos, y hermanos durante milenios. Sé que hoy siguen produciéndose estos actos de magia en muchos hogares. Es una suerte. No sé cuántas madres lo harán y cuántas preferirán poner al chico delante de un televisor con cincuenta, setenta o cien canales. O una computadora que le aporte juegos y entretenimiento. No digo que estas cosas sean malas, pero por cierto carecen de un ejercicio, el de crear las imágenes, porque las aportan hechas. No es que sean absolutamente carentes, y acepto que se ha avanzado mucho en mejorar lo que se ofrece en el mundo de lo audiovisual.

Pero no quiero extenderme en una discusión. Quiero remarcar que la magia que podemos extraer, o que brota por sí sola de las cosas que nos rodean, de las cosas que nos pasan, tiene mucho más que ver con el mundo interior que con la realidad en sí, a nivel objetivo y de instrumento. Algunas personas perciben el universo como lo que es, un lugar terrible, poderoso y frío respecto a nosotros, repleto de egoísmo y de insensibilidad. Los seres vivos debemos nadar en un mar cruel e inhóspito, hay que aceptarlo, que en pequeños retazos se nos hace cálido y acogedor. Otras personas perciben el universo como un lugar mágico, maravilloso y hecho por completo para nosotros, para nuestro placer y para nuestra comodidad. Muchas personas sienten, y creen con gran fuerza, que el universo es la manifestación visible de lo que llamamos Dios, un padre todopoderoso y benevolente que se ocupa de cada uno de nosotros y que construye a nuestro alrededor los espacios que disfrutamos, trabajando exclusivamente a nuestro favor y para nosotros.

No se trata de una paradoja, porque esos universos opuestos no son **el** universo físico y objetivo que pueden medir las máquinas, sino el universo que construimos en nuestra mente. Cada uno de nosotros construye su propio universo.

Las herramientas no vienen incluidas, se nos van dando. Las madres, y todos los pacientes alimentadores de mentes infantiles, nos han provisto de ellas.

Y aquí descubro que, gracias a la tozudez, gracias al impulso quizás egoísta que me ha movido tantos años para hacer Axxón, he trabajado incansablemente para hacer crecer esta magia. Me siento muy feliz de ser un alimentador de esta cosa única que es la imaginación. Porque al ofrecer lecturas se alimenta, y al dar un espacio para exponer lo que se escribe se alimenta. Esto es lo que hemos venido haciendo en Axxón durante años. Es una justificación para mi vida. Así como esos árboles de mi barrio crearon magia en mi mente, y produjeron cosas buenas, espero haber ofrecido sombra

y buen aroma a la gente que se acercó a esta revista.

Pido disculpas porque este texto, en mi mente, mientras caminaba hacia mi casa por el barrio en el que he vivido gran parte de mi vida, iba a ser muchísimo mejor: más claro, más elocuente, revelador y emocionante. No me queda duda de que varias cosas quedaron en mi mente, en mi universo, y no pude ofrecérselas. Pido disculpas. Me pido disculpas, porque para mí era importante. Comprendo que busco continuamente las motivaciones que nos mueven, a mí y a muchos que ayudan a seguir haciendo esto, tan a contramano con las motivaciones que valen hoy para que las personas se esfuercen: poder, dinero y beneficio inmediato. Uso la imaginación. Y esta imaginación fabrica para mí cuentitos como el que acabo de escribir en esta página.

No habrá salido del todo bien, pero ya que me ayuda a seguir adelante, para mí el cuento **tiene** magia. **Mucha** magia.

Eduardo J. Carletti, 1 de junio de 2003
ecarletti@axxon.com.ar

Correo 127

junio de 2003

Lunes 5 mayo de 2003
Estimado Eduardo:

Creés bien: hace tiempo que no hacés sólo una revista, sino que manejás un exelente sitio web de ciencia, ciencia-ficción, divulgación tecnológica, literaria (y no sólo del género), cinematográfica… del cual Axxón, la rev. no, La Revista, es la gema, el kernel, la razón de todo lo demás que está ahí, el aglutinante maravilloso que creaste hace ya ¿trece años? que nos reune como la hoguera en la cueva de nuestros antepasados peludos, a escuchar y, a veces, también a contar cuentos.

Aprendí alguna vez, y U.K. Le Guin lo menciona en *Tehanu*, que los libros antiguos eran un rimero de hojas de pergamino en una caja de madera o suela con cerrojos, y que se leían pasando las hojas de la caja a la tapa. Alguien tuvo la idea de cortar las hojas parejitas, y engomarlas, y protejerlas con lomo y tapas gruesas. En *El Nombre de la Rosa* aprendí que hubo libros de tela, *charta lintea*; Marco Polo trajo el papel de China y los escribientes no renegaron más con los pelos en los pergaminos, y los libros se imprimieron con grandes planchas de madera labrada hasta que vino un alemán genial con sus letras intercambiables; y los libros fueron más accesibles y más pequeños y más livianos y más peligrosos: decían más cosas a más gente. Y la gente quiso saber, y los poderosos se dieron cuenta de que era bueno que los suyos supieran, y crearon colegios y universidades; pero no era tan bueno que los siervos y las mujeres supieran, porque se hacían difíciles de manejar y se les metían ideas raras en la cabeza, así que se reservaron el aprendizaje de la lectura y el acceso a las universidades para ellos, los nobles, y sus hijos varones.

Siglos después, un Renacimiento y una Edad Moderna y un Iluminismo después, la letra impresa llega hasta los quioscos, y tenemos tanta pavada para leer que hasta nos asquea. Bueno, nada es perfecto.

El libro era El Libro, el Compendio del Saber, en una época en que las novedades se difundían por el mundo con el impulso y el ritmo de los vientos alisios. Se podía ser enciclopédico, lo que se aprendió de joven aún servía al hombre maduro. Y la vejez era corta: el “anciano rey” de los cuentos medievales quizá no pasara de los

cincuenta y cinco años. Pero a mediados del siglo XX, cuando un libro de ciencias se ponía a la venta, ya estaba anticuado; las revistas técnicas y científicas le toman la delantera. Hoy, el medio es éste. Nadie es enciclopédico, ser bueno en una disciplina ya cuesta un enorme trabajo de puesta al día. Y es realmente **al día**. Como decían (más o menos) los alumnos de Niels Böhr: “¡Una clase extraordinaria! ¡Todo lo que aprendimos ayer, ya es antiguo!”
La “imagen del mundo” que creó el libro es la de la acumulación y preservación de conocimientos, fijos, certeros e inamovibles. La “imagen del mundo” que creó la revista es la del dinamismo, la actualización, el conocimiento de —valga la frase gastada— una realidad muy cambiante.
¿Y cuál es la “concepción del mundo” que crea Internet? A la acumulación (Banco de Datos) de conocimientos y la actualización, ahora dinámica, le agrega otra dimensión: la interacción sobre una base mundial (¡me niego a decir **global**!). Un sitio Web es todo eso, y más: desde un banco de información (o conocimiento, o cultura) hasta una cartelera, pero además es proteico, se agrega partes y —ocasionalmente— se poda.
Tu sección, Zapping, se parece a un “gabinete de maravillas y curiosidades”, como el del Duque de Bomarzo, a la vez que es una fuente de información que nos costaría muchísimo recabar personalmente. Con lo que dejo claro que, además de disfrutarla, valoro el enorme esfuerzo que te debe costar hacerla. Ya forma una respetabilísima colección de páginas —y es, verdaderamente, coleccionable. Otro tanto para Joe Garrafex y sus Noticias. ¿Por qué? Bueno, porque tenemos intereses comunes, ustedes y nosotros, y lo que me interesa a mí resulta que lo encuentro *allí*. Y me gusta —y necesito— estar informado de todo eso. Si no, ¿cómo comento X-Men con mi sobrino de 12 años, si no leo las noticias o me doy una vuelta y le pregunto al Guanaco o a otro enfermito del *Comic*?
Si algo se pareció alguna vez al Libro de Arena, es esto, incluso en el hecho físico de que las páginas son de una sola cara: la superficie de fósforo que nos enfrenta. ¡Qué pena, que don Jorge Luis no lo llegara a conocer en esta magnitud! ¡Las agudezas que le hubiera inspirado esta Internet!

Así que mientras vos buscás la manera de hacer un editorial proteico, que se vaya desarrollando a lo largo del mes (si es que algo así no es un monstruo devorador), propio del Libro de Arena (hay un sitio web de ese nombre, ¿no?) y adecuado a este medio, del cual te pido encarecidamente no saques a La Revista como núcleo, yo, que no sé encuadernar, resucitaré antiguas técnicas y pondré en cajas las hojas sueltas de mis deslomados “incunables” de

Minotauro, para releer “La Tierra Permanece” pasando morosamente las hojas de una caja a la otra…

Guillermo Rothsche.
Montevideo, (madrugada del) 5 de mayo de 2003.

Muchas gracias. Y a no preocuparse, que todo cambio será lo suficientemente gradual como para que nadie sufra.

Eduardo J. Carletti

Martes 20 de mayo de 2003

Estimado Sr. Carletti:

¿Me permitirá llamarle “estimado”, cuando usted no me conoce? Espero que sí, porque le estimo, y le conozco. Le he ido conociendo (lo estoy haciendo aún), a través de Axxón, de sus editoriales, de la página web. De lo que quienes escriben a Axxón le comentan. Y créame, cuenta con un nuevo amigo, pues sé apreciar su espíritu creador.

Ya he sabido que conoce usted la situación de Cuba, otros compatriotas míos le han contado. No obstante, he podido acceder a la revista y me he “bajado” todos los números en la página de descarga, me faltan solo del 90 al 99, pero están en la lista de espera, para la próxima oportunidad. Y me los he ido leyendo con creciente gusto, con regocijo interior, con profunda alegría. Porque hay sequía de publicaciones de ciencia ficción en mi país. Pero sobre todo, por la calidad inherente de Axxón, porque es “fantástica”, porque la he compartido con algunos amigos y he disfrutado del placer de haberlos hecho felices. Por todo ello, gracias, Sr. Carletti.

También quiero comentarle sobre algunas cosas que he leído en los editoriales. Puede que Zapping tenga más visitas diarias que la revista, y confieso que es interesante, como lo son las interesantísimas noticias, pero la revista ha sido la cuna, y ES el alma de Axxón, y no merece no ser catalogada como plato fuerte. Lo es. Puede que haya comenzales, muchos comensales aficionados a los dulces o al pan con mantequilla, pero no por más solicitados pueden arrebatarle la categoría de plato fuerte a quien por derecho lo es. De manera que una vez más gracias por su decisión de mantenerla allí, “como un medio de presentación de la literatura y el arte”.

No puedo prometer, porque no dispongo de los medios, que leeré Axxón cada día, o con la frecuencia que quisiera. Pero cada vez que se me presente la oportunidad, descargaré un número nuevo, para

paladearlo con calma, para compartirlo. Y siempre que me sea posible, Dios quiera que sea frecuentemente, los visitaré y los leeré.

Finalmente, y sin relación con lo anterior, como creo que usted ha dicho, soy de los lectores que escriben. Y no me he resistido a la tentación de hacerle llegar un cuento, para conocer su opinión, poniéndolo a su disposición y totalmente dispuesto a escuchar su veredicto. Si vale, contento. Si no vale, y le es posible, saber las razones.

No abusaré de su tiempo. Adelante, que la obra que ha levantado habla por sí sola y gracias, a usted y sus colaboradores, por tan valiosa entrega.

Un nuevo amigo, Rolando
Cuba

Es un enorme gusto tener contacto con los lectores y autores de Cuba gracias a esta revista. Tus opiniones fueron muy interesantes y me ayudan a valorizar lo que significa la revista para los otros.

Eduardo J. Carletti

Viernes 23 de mayo de 2003

Eduardo: Es evidente que se me traspapeló (tras papelón!) y quedó en la bandeja Borrador. O en una Burbuja del Tiempo. Lo escribí en Marzo; lo releí y sigo pensando lo mismo. Y los comentarios que te hago de los cuentos en cuestión no se pasan de fecha. Por eso, consideré que valía la pena mandártelo aún atrasado.

Un abrazo,

Guillermo Rothsche. ;-)

(Original: 10/03/2003)

Recién me bajo el Nº 124. Me gustó el editorial, soy de los que están pasando por las mismas y NO creo que escribir sobre tu -mi - nuestra, de todos- situación personal sea ser amargo o pesimista. Me reventaba -y me sigue reventando- aquel del: ¡Hop, hop, maravilloso! en medio de la dictadura. No se tapa el sol con el dedo, las realidades EXISTEN y no hablar de ellas no hace que desaparezcan, ni nos hace mejores ni peores. Lo que quizá nos haga es sumisos, que sí es mucho peor.

Claro que es muy bueno que ***exxista Axxón***, y todas sus dendritas. ¿Con qué pensás que mantengo mi cordura, en medio de esta mishiadura? Con las cosas vitales, creativas, que me saquen de la mediocridad. Como tu -nuestra, porque así la sentimos- fabulosa revista. Y pergeniando ideas que quizá se conviertan en alguna

historia que valga la pena enviarte. No se puede siempre mostrar fuerza si uno se ha desgastado, ni felicidad, si ya queda poca: pero se puede *resistir*, seguir ahí, con "la tenacidad del clavo enmohecido" de Almafuerte.

No quiero hacer comparaciones, pero me parece que ni Hugo Gernsback ni Campbell se hicieron millonarios -y era en los EE.UU. y las revistas de pulpa se vendían.

Leyendo el Correo, me gustó tu idea de una "bomba de fuerza corrosiva". Se podría hacer una historia con eso: telepatía, o una sociedad unida por accesorios del cerebro -como la diadema de "Jinetes de la Antorcha" de Spinrad-, que al comenzar a ser sometidos mediante esa misma tecnología se rebelan con pensamientos destructivos dirigidos a los gobernantes opresores y traidores… Pero no tendría que ser una burda destrucción de mentes, sino algo más sutil. Algo que lograra un cambio en las mentes. Una selección, una manera de dejar fuera del poder a los ambiciosos egoístas depredadores a los que la sociedad les da injustamente como premio ese poder, justamente en base a esas cualidades que los hacen ineptos para gobernar juiciosamente. Creo que se necesita un Carletti para desarrollarlo…

Punto y aparte.

Para aprender a escribir dicen que hay que leer, y estuve releyendo números viejos -por suerte, soy pobre y mi máquina es una MMX de 266 Mhz, así que no tengo la limitación del TurboC y aún disfruto de los números D.O.S.- y encontré un cuento de Greg Egan, "Alfombras de Wang", que me dió vuelta. Es el mejor planteo de una sociedad transhumana que he leído, casi mejor que 'Jinetes de la Antorcha' (aunque no tiene el atractivo y la brillantez de éste). Las motivaciones totalmente diferentes de las tradicionales, modificadas por la dinámica de las sociedades; los comportamientos, los conflictos y las relaciones interpersonales llevados a un plano que casi no tiene contacto con nosotros, por la enorme diferencia de capacidades y posibilidades entre estos seres y los humanos actuales, y que sigue sin embargo siendo *humano*. Un maestro. Que además nos pasea por una máquina de Turing biológica de 16 dimensiones. ¡Eso es escribir, carajo!

Hubo Minotauro. No conocí Más Allá. Hubo El Péndulo. Hay, y seguirá habiendo Axxón. El cubano Chavez Espínola dice que Axxón ya es latinoamericana: quizá tenga razón. Sin dudas es una Obra.

Un abrazo,

Guillermo Rothsche. :-)

Gracias por los comentarios. Los autores, y nosotros, agradecidos…

Eduardo J. Carletti

Jueves 29 de Mayo de 2003

Estimado Carletti:

Espero llegar antes del cierre del correo.

En el interesante ensayo EL SUEÑO DE LOS DIOSES, de Carlos Atanes, AXXÓN, Mayo de 2003, el autor se pregunta, después de haber descripto un posible futuro de la sociedad humana: "¿Por qué preocuparse de la existencia de vecinos siderales cuando la realidad virtual noosférica podrá proveernos de vivencias y seres tan extraordinarios como queramos?"

Yo respondo por mi caso: Porque sabría que esa no es la verdadera realidad y no estaría conforme con una mentira. Solamente me serviría como entretenimiento. Bueno, eso si es que el nivel de alienación de aquella sociedad me permitiera distinguir entre realidades.

Creo que siempre habrá gente que desee investigar lo desconocido, sea el interior de un átomo, el espacio exterior o las razones de nuestra conducta. Creo posible, sí, que se pueda llegar a una sociedad de esclavos conformistas, pero siempre habrá gente de pensamiento libre que investigue, aunque más no sea para mantener sus privilegios de clase. Pero también habrá disconformes que lucharán para cambiar los esquemas, cuando estos se vuelvan estacionarios.

Un abrazo. ANGEL E. MILANA

Gracias por la carta. Con seguridad al autor le gustará mucho saber sobre las ideas que despertó en otra persona.

Eduardo J. Carletti

Enviar las cartas a ecarletti@axxon.com.ar

Desde que abrimos la Lista Axxón se han anotado enormidad de personas, y por esto muchas opiniones que antes se intercambiaban por el Correo ahora se presentan y discuten día a día en la Lista. No me pareció razonable extraer textos de opinión de ella para ponerlos aquí, ya que son medios diferentes. Espero que alguno de los "Listeros" mande de vez en cuando una carta para este Correo. No sea que lo dejemos huérfano…

Eduardo J. Carletti
ecarletti@axxon.com.ar

Cacería de sangre

Christopher Stires

Este no iba a ser un safari para turistas con cámara de video.

Rasqué el cuerno curvo de su frente mientras me sentaba en el borde del catre. En vez de ronronear, pasó por detrás de mí con pasos cortos y levantó mi almohada. Hizo un gesto de aprobación con la cabeza y puso la almohada de vuelta en su lugar. Quería comprobar que su delfín de peluche estuviera a salvo. Anoche, cuando la nave llegó desde la base minera, había agarrado el delfín —su juguete favorito desde que era pequeña— y lo escondió debajo de mi almohada. Nunca la había visto hacer algo parecido.

Me levanté y eché un vistazo a la habitación para huéspedes. Las puertas dobles estaban abiertas. Tashtego y Quinwall todavía estaban durmiendo pero la cucheta de Pike, la encargada de resolver los problemas de la empresa, estaba vacía. Me pareció haber oído a alguien moverse más temprano. Fui hacia la plataforma de cocina. Afuera, al final del camino, cerca del arroyo, resplandecía la fluorescencia de la sala de duchas. Un descuido grave. Debería estar descansando como sus asesinos a sueldo. El día iba a ser largo y otros iguales lo iban a seguir.

Hondo suspiró y señaló la cena que había dejado sin comer.

Pike llegó tranquila de la sala de duchas. Estaba envuelta en una bata fina con capucha y un logotipo de MarsTel grabado sobre el bolsillo superior. Tenía las piernas desnudas y estaba descalza. ¿No se daba cuenta de dónde estaba? ¿No entendía el significado de la palabra “selva”? Si este era un ejemplo de su sentido común, tendría suerte si volvía a pisar su cubículo en la empresa alguna vez. Lo único que podía desear era que no me arrastrase en su caída.

Mientras Pike subía por el camino fui hasta el cobertizo. En otro tiempo y en otro lugar, la hubiera considerado atractiva. Los ojos verdes y el pelo corto me hacían recordar a la mujer en la que había estado pensando antes. Pero eso era otorgarle cualidades que no poseía. Conocía muy bien cómo era Pike. Una esclava del trabajo.

—Había olvidado lo refrescante que es bañarse con agua —dijo girando hacia la luz del alba que atravesaba el horizonte—. Hermoso lugar. Sólo los árboles valdrían fortunas en la Tierra.

—Hay café preparado en la cocina —respondí.

—¿Cómo te llamas en realidad? Sé que Boone es un nombre

falso, ¿y de qué estás escapando?

—El desayuno está casi listo.

—La mayoría de los guías que trabajan fuera de la Tierra son fugitivos. Por lo general, escapan de la paternidad o de demandas judiciales. Algunas veces de delitos graves, como un robo o la deserción militar. Tal vez mataste a alguien. Mejoraría la opinión que tengo de ti.

—Quiero estar en camino antes de que el sol esté sobre el horizonte.

—Analicé tu bio-dex. Está muy bien hecha, pero es falsa.

Señalé sus pies descalzos.

—Necesitas zapatos. Hay rataraňas en esta región.

Pike miró hacia abajo.

—¿Qué son las rataraňas?

—Artrópodos que parecen ratas diminutas. Tejen telas para atrapar a sus presas y su mordedura es tóxica. El veneno de cobra es un placebo comparado con el de la rataraña.

Pike fue rápido hacia la entrada sin sacar la vista del piso.

Detrás de ella, Hondo estaba correteando. De repente, se quedó inmóvil, con la vista fija hacia arriba, cubierta por la sombra de Quimwall.

—Sal de mi camino —mascculló Quimwall.

—No le hagas caso —dije sin alterarme.

Me miró y sonrió. Era cálido. Genuino.

Hondo corrió hacia mí pasando por donde estaban Quimwall y Pike. Se aferró a mi pierna temblando.

Billy Quimwall era un tipo grandote, con hombros de toro y una chiva negra tupida. Sus manos eran enormes y calculé que podría usarlas para partir mi cráneo de un golpe sin esfuerzo. Leí en su bio-dex que había sido enviado antes de que llegara el resto del grupo. Fue sargento en las operaciones especiales de Andrómeda y lo condecoraron por su valor en el campo de batalla en el Levantamiento de la Luna de Saturno del ‘41. La prensa pirata, en cambio, lo consideraba el autor de una matanza. Una web-net

afirmaba que el incidente de la Luna de Saturno por el que lo condecoraron era una farsa armada para que la población terrestre tuviera un héroe al que aclamar. Sólo Quimwall sabía la verdad, pero no estaba dispuesto a compartirla.

Quimwall seguía sonriendo.

—Las mascotas son mis amigos.

Me agaché y le hice cosquillas a Hondo en las orejas. Escondió su cara en mi camisa.

Billy Quimwall entró a la cocina. Anoche había visto el arma preferida del ex-sargento: un rifle Muster hecho a medida, con mira calorífica y balas de uranio que podían perforar el casco de un crucero Perth-Class. Llevaba un cuchillo de caza dentado enfundado en su bota y media docena de shuriken en el cinturón. Fuera quien fuera, su vestimenta no era decorativa.

Pike carraspeó.

—Boone —dijo—, hay un acuerdo de interés especial firmado por tus jefes en VOM y Caitlin Usher-Mars para esta cacería. Si la entorpeces, haré que te saquen la licencia y te detengan. Pero si tu disparo da en el blanco, lo incluiré como información destacada cuando reciba tu verdadera bio-dex.

Puse a Hondo en mis brazos y me levanté.

—¿Realmente crees que vamos a tener éxito sabiendo lo que le pasó a Montoya?

—Estamos preparados.

—También lo estaba Montoya.

Tashtego caminó arrastrando los pies hasta la entrada. Se restregó los ojos con el puño tatuado en violeta.

—El amanecer. Uno puede percibir claramente su lugar en el universo a esta hora. Odio el amanecer.

Pike fue hasta la casa para huéspedes.

Tashtego bostezó y se rascó el dragón tatuado en el brazo izquierdo.

—Caitlin Usher-Mars exige unos requisitos de la puta madre antes de contratar a alguien. ¿Usted qué piensa, señor Boon?

Señalé su tatuaje de serpiente de fuego.

—Creo que lo mejor sería tener actualizados los datos de nuestros parientes más cercanos.

* * *

Una bestia había matado a seis personas según la red de noticias. El rumor en las tabernas y las estaciones era que se trataba de un lepanto gris y que en realidad la cantidad de muertos era diez veces mayor. El gobernador apareció en la red para asegurar que no había sido un lepanto, que sesenta personas no se habían convertido en el almuerzo de nadie y que el problema iba a resolverse rápido. Habían contratado expertos. Entonces, antes de ayer, encontraron los restos de Montoya y su cuadrilla cuidadosamente seleccionada en las ruinas cercanas al campamento de la Costa Superior.

Los medios de transporte estaban atestados de turistas y empleados de la empresa minera, que exigían una nave que los sacara de aquí. Ahora estaban afectadas las dos industrias clave del planeta. El gobernador había ordenado un rastrillaje a gran escala.

Helionaves armadas volaban por sobre las costas. Se triplicó la cantidad de patrullas de frontera. Anunciaron una recompensa. Contrataron más expertos.

Hasta me llamaron a mí. Oí que la gobernadora estaba borracha cuando firmó los documentos de mi reclutamiento.

Hace once años terrestres, una sonda espacial Bedford había descubierto este sistema, bautizado Raquel, y a este planeta se lo denominó sencillamente R-4 porque era el cuarto desde el sol. Aunque tenía cascos polares y tres enormes océanos, la mayor parte del paisaje estaba cubierta por selvas y bosques. Había siete cadenas montañosas con picos el doble de altos que cualquiera de la Tierra y miles de ríos atravesando los dos continentes. No se encontró vida humana pero sí los restos de una cultura que conoció las máquinas —estimada en quinientos años de antigüedad— desperdigada al este y al sur. Todavía no se había descubierto qué hizo que estos pueblos perecieran o abandonaran el lugar. Sin embargo, hasta ahora se habían clasificado más de dos mil especies en el registro oficial y cada semana se añadía media docena. En once años, también, el halcón pardo y el bisonte marino se extinguieron a causa de la caza indiscriminada. Había una docena de criaturas en la lista de especies en peligro de extinción.

Y todo eso fue antes de que MarsTel obtuviera la licencia para extraer las reservas minerales del planeta.

Al principio, la mayoría de los exploradores que llegaban a R-4 eran científicos y naturalistas. Todo cambió cuando hace cinco años se aprobó la explotación turística. Yo llegué con la primer ola

de escoltas y exploradores. La gigantesca empresa Viajes de Otro Mundo me contrató como acompañante para zonas no exploradas. Me convertí en el guía más importante del sector sur en mi primera temporada. Montoya había obtenido un puntaje mejor pero él trabajaba principalmente en el sector oeste. Mis excursiones se distinguían de las de Montoya y de las de los otros guías en dos aspectos esenciales. Ellos salían en equipo; yo, solo. Además, yo únicamente hacía safaris para turistas con cámaras de video. Nada de trofeos de caza ni de hacer correr sangre. Yo era el único que iba armado en mis excursiones. Si encontraba un arma entre los participantes del viaje, la excursión se terminaba inmediatamente, sin reembolso.

Mi contrato actual con VOM tenía dos condiciones: (1) nada de cacerías de sangre y (2) no se permite a empleados de MarsTel en mis grupos. Había una cláusula en letra pequeña acerca de la cancelación de las condiciones bajo circunstancias extremas. Mis jefes y la gobernadora habían invocado esa cláusula ayer. El incumplimiento de la misma conllevaba la detención.

* * *

Mientras caminábamos siguiendo el río hasta la Costa Superior, Hondo pasó dándose aires, moviendo sus largos brazos de arriba abajo como un recluta militar en un desfile. La había encerrado en la barraca cuando salimos pero logró escapar y, a tres kays de distancia, salió de entre los arbustos con su delfín de peluche en la mano y tomó su lugar habitual en nuestras expediciones. Intenté agarrarla dos veces. La segunda vez levantó sus puños sobre la cabeza para mostrar su desagrado y después chilló para demostrar que era en serio. Un tercer intento hubiera significado una mordedura. Lo sabía por viejas cicatrices que tenía.

Para mostrarle mi desagrado, tomé una naranja —su comida preferida— de mi mochila y la tiré al río.

Hondo olfateó, comprensiva, luego me dio su delfín y bajó por el sendero.

Tashtego rió entre dientes.

—¿Qué pasa ahora? —dijo Pike. Se había ubicado en nuestra pequeña procesión de una sola fila entre Tashtego y Quimwall. Después de dejar la tienda, se había puesto los auriculares, cargó su com-link y desde entonces había estado mandando informes a la

oficina central de MarsTel.

—¿Alguien puede contestarme? ¿Cuál es el problema?

—Disciplinamiento de mascotas —dijo Billy Quimwall desde el fondo.

Seguí a Hondo por las curvas del sendero. Pensaba que llegaríamos a las ruinas de la Costa Superior para el mediodía. Aquí habían visto al lepanto por última vez. Los restos de Montoya y su banda eran la prueba.

Tashtego corría a mi lado. Su larga cabellera estaba atada atrás en una trenza pesada y el sudor moteaba su nariz atravesada por un aro. Llevaba un rife de asalto Winchester Clase M al hombro. Un cinturón con municiones adicionales cubría sus pechos enjutos. Las balas tenían puntas microscópicas. No mataban al blanco, lo aniquilaban.

Inspeccioné los pájaros pescadores en los árboles que se erguían a la vera del río.

—Creí que sólo cazabas bandidos en Nébula Omega.

—Por lo general, señor Boone —contestó—. Invertí en acciones a las que no les fue demasiado bien. Los honorarios que Caitlin Usher-Mars ofreció pueden saldar mis deudas. Si obtengo la bonificación especial por lapidar al objetivo, podría andar tranquila por un largo tiempo.

Me detuve. Las huellas de una manada de ponis gitanos se cruzaba en el camino. Eran frescas. Esto estaba mal, muy mal. Cuando un lepanto gris mantenía vigilado un territorio, las demás criaturas abandonaban la región. Era un hecho. ¿Qué hacían entonces estos animales aún aquí?

Tashtego señaló un alce lanudo de cinco puntas que corría por entre los árboles.

—Veo que MarsTel no te despierta mucha simpatía ¿Es por motivos profesionales o personales?

—Ambos —contesté—. Existen muchos métodos para extraer minerales. La mayoría me tienen sin cuidado. Necesitamos los recursos. Pero la técnica favorita de MarsTel es despojar y vaciar las minas lo más rápido posible. He visto como devastaron planetas enteros.

—Yo odio las comidas deshidratadas que sirven en los vuelos intersistemas. ¿Y qué? Así son las cosas y siempre han sido así. Se puede vivir con eso. Dígame, señor Boone, ¿lo hace feliz jugar al niño explorador en otros planetas?

Eché un vistazo a sus ojos inexpresivos. ¿Qué podía saber? ¿Estaba a la pesca de información o quería dar señales de que ya sabía?

Tashtego examinó el río, luego la línea de árboles.

—No hay mucha información sobre lepantos en el data-com.

—Los lepantos son reptiles que suelen desplazarse en manadas pequeñas, de cinco o seis —contesté—. Son de un color marrón verdoso. Su cuerpo es parecido al del jaguar y tienen cabeza de lagarto. La población es de alrededor de cinco mil en todo el planeta. Viven aproximadamente veinte años. En el agua, alcanzan una velocidad de cuarenta kays por hora. En tierra, en distancias cortas, el doble. Son carnívoros. Atacan a su presa y le quiebran la columna vertebral. La presa sigue viva mientras la arrastran a su guarida. A los lepantos les gusta la comida fresca.

—No parece tan terrible. ¿Por qué tanto escándalo?

—Se supone que este es un lepanto gris.

—¿Y?

—Nace un lepanto gris por cada diez mil. Su primera presa suele ser la madre. Después mata al resto de la manada.

—Es un caníbal.

—Es una máquina trituradora. Los grises siempre se desplazan solos. Mantienen vigilado un territorio y luego matan toda cosa viviente suficientemente estúpida como para permanecer dentro del perímetro. Cuando no queda nada, marcan un territorio nuevo y empiezan otra vez. Hay documentos que indican que un gris puede arrancar la puerta de una helionave con la mandíbula y dar vuelta un tractor Rainmaker con la cola. Lo llaman gris porque ese es el color que tiene durante los primeros seis meses de vida. Después puede cambiar el color para mimetizarse con el entorno. Podrían avisarle a Quinwall que los lepantos tienen sangre fría. La mira calorífica de su rifle, como el termo-radar de las helionaves, no sirve de nada.

—Lo puede averiguar solo. ¿El lepanto tiene algún enemigo natural aparte del ser humano y su propia especie?

—Sólo sé de uno.

—¿Cuál?

Miré a la simia enana marchando delante de mí.

Tashtego frunció el ceño.

—¿Hay algún buen motivo por el que hayas querido que no nos acompañe entonces?

—Encontré a Hondo cuando era una criatura. A su madre la mataron las ratarañas. Yo la crié. Está domesticada. Nunca vio en su vida a un lepanto, ni en fotos.

—Espero que aprenda rápido, señor Boone.

* * *

Billy Quinwall examinó la meseta desierta.

—Las patrullas ya exploraron este sector. No sirve de nada que empecemos por aquí —dijo.

Lo ignoré. Este era el lugar donde lo habían visto por última vez. ¿Qué más se necesitaba decir?

Hondo descubrió una liebre y persiguió al tímido animal hasta su madriguera.

Escudriñé el campamento con un giro completo de trescientos sesenta grados. ¿Cómo pudieron tenderle una emboscada a Montoya aquí? ¿Estaban todos los miembros de su equipo dormidos? El campamento mismo estaba en un terreno abierto y llano. Al sur y al oeste de la meseta se veían colinas boscosas bajas. No había muchos lugares donde esconderse ahí. El río cruzaba el perímetro norte y una amplia quebrada marcaba el límite por el este. Un detector de movimiento habría alertado a Montoya sobre cualquier cosa que se acercara al campamento. No podía entender lo que había sucedido.

Tashtego agitaba su cabeza mientras se dirigía a la orilla del río.

—La maldita nave que recogió los cuerpos borró todas las huellas al aterrizar.

Miré el círculo oscuro que manchaba la tierra. Sangre. No todo había sido borrado. Pateé un paquete de comida vacío a la madriguera de una liebre.

—Esta fue una caminata innecesaria —dijo Quinwall, apuntando con el rifle a una serpiente torneada que se metía en la quebrada.

—No gaste sus balas, sargento.

—Matar serpientes no es desperdiciarlas.

Inmóvil, bajó su rifle y sacó la cantimplora de su cinturón.

Pike se sentó sobre un bloque de hormigón mientras hacía circular con rapidez el texto de su com-link. En el centro de la meseta había cimientos de un edificio rectangular antiguo. Me hice la misma pregunta que me hago cada vez que veo estas ruinas. ¿Qué era lo que esa sociedad desaparecida hace quinientos años había estado buscando? El terreno siempre me había parecido un yacimiento minero.

—Acabo de recibir un boletín de noticias —dijo Pike—. Una nave acaba de estrellarse cerca del Campamento Doce de MarsTel. Una bandada de aves pesqueras voló hacia ellos y cayeron en picada. No hay sobrevivientes. El Campamento Doce está en la Pradera B´ldad. ¿Dónde queda eso, Boone?

Señalé hacia el noroeste.

—La Pradera está en la base de la cadena montañosa. A pie desde acá son tres días.

Pike asintió y ajustó sus auriculares.

Miré hacia al cielo rojo. ¿Un bandada de pájaros pesqueros había derribado una helionave? Se necesitarían cientos de esas aves minúsculas para detener un motor. Miré a Hondo. Estaba dando saltos de un lado a otro entre los tres hoyos de las liebres. Quería que la criatura asomara la cabeza para poder jugar. Algo estaba mal. Un lepanto gris vigilaba este territorio. La prueba era la aniquilación de Montoya y su equipo. ¿Por qué las aves y los mamíferos locales seguían aquí? Deberían haber migrado hace tiempo. O deberían estar muertos.

—Esto es una locura —Pike sacudió su com-link—. Acabo de recibir otro boletín que dice que hay una invasión de rataraňas en la Planta G de la base principal. No puede ser. La Planta G está en el séptimo subsuelo.

—Guía turístico —dijo Quinwall, parado cerca del borde de la quebrada.

Caminé hasta él bordeando unas cuantas madrigueras. Debajo, extendiéndose a lo largo de toda la quebrada, había una telaraña blanca gigantesca. Era la más grande que había visto. Diez veces más grande que lo normal. Uno de los bordes estaba suelto y flotaba como un fantasma con la brisa.

—Tela de rataraña —dije.

—¿Una qué?

Pike se puso entre nosotros y miró hacia abajo.

—Parece abandonada —añadió Quinwall.

—Suelen hacerlo.

Observé a Tashtego mientras bajaba por la orilla del río.

—Se esconden hasta que una criatura queda colgando y entonces todas se abalanzan sobre ella.

—Asegurémonos —Quimwall sonrió—. Llamemos a tu mascota.

—Cierra la boca —dijo Pike bruscamente. Se estremeció de miedo y se alejó del borde.

Quinwall se puso en cuclillas y empezó a ensamblar el detector de calor. Era un ejercicio inútil y sin sentido. También lo era decírselo.

—Bueno, bueno —mascullló Pike y luego se rió.

Un escalofrío saltó sobre mis omóplatos mientras la observaba cerrar su hand-com.

—Llegó la hora del ascenso —dijo.

—¿Qué es lo que *crees* que sabes? —pregunté.

Sonrió. Era más hermosa que la mujer a la que me hacía recordar.

Hondo se levantó lentamente del hoyo de la liebre que estaba inspeccionando. La simia enana olfateó el aire.

Pike dio unos golpecitos a su com-link con el dedo índice.

—Hace cinco años, en la oficina general de MarsTel en Corpus Christi, el vicepresidente ejecutivo tuvo una discusión acalorada con Caitlin Usher-Mars acerca de los métodos de extracción de minerales. Ese mismo día el sujeto desapareció. Simplemente no se supo más nada de él. Como si se lo hubiera tragado la tierra. Caitlin Usher-Mars ofreció una recompensa a quien lo encontrara y desde entonces la ha duplicado cada año. Quiere encontrar a ese hombre. Es su hijo.

Hondo pegó un alarido.

Cuando me di vuelta, mientras cargaba una bala en la cámara de mi escopeta, sabía que ya era tarde, que *nosotros* éramos la presa. A la banda de Montoya la sorprendieron porque sus detectores de movimiento estaban monitoreando afuera del campamento, no adentro. El lepanto gris salió de la zanja en la que se había enterrado al lado de los cimientos antiguos. El polvo cayó en cascada de su ancho lomo. Tenía ojos color amarillo carmesí centelleantes y dos hileras de dientes puntiagudos enormes. Serpenteaba y agitaba su larga cola. La bestia no dudó por un instante. Se levantó y embistió. Disparé la escopeta a la criatura,

que se acercaba como un rayo hacia nosotros. La carga atravesó su cuello escamoso y uno de sus hombros. La sangre negra cubrió de neblina el aire.

El lepanto gris aceleró su paso.

Y se abalanzó sobre nosotros.

Pike gritó. En retirada, arrojó su com-link hacia el animal y luego cayó por el borde de la quebrada. Billy Quinwall disparó su rifle de asalto. La bala de titanio hizo un surco en el cráneo del lepanto mientras éste se lanzaba sobre el sargento. Sus garras le quebraron la columna mientras sus fauces trituraban la garganta y el rostro. Su cola me golpeó la cadera y salí disparado por el aire, con los huesos rotos, hasta chocar contra el cemento.

Hondo gritó.

Tashtego disparó. Una, dos, tres veces. Los disparos sonaron como uno solo.

La bestia gris se sacudió violentamente cada vez que una bala con punta explosiva estallaba penetrando en su cuerpo. Se paró sobre las patas traseras y cayó al suelo. Los ojos amarillos carmesí se cerraron lentamente. La gruesa lengua cayó por una de las comisuras de la boca. Sangre negra borboteaba de las heridas.

Hondo chillaba y corría en un semicírculo alrededor del cuerpo del lepanto gris tendido boca abajo.

—¿Se encuentra bien, señor Boone? —preguntó Tashtego, acercándose.

Emití un gemido.

—Nunca vi a un animal moverse tan rápido.

Me derrumbé sobre mis espaldas.

Tashtego se detuvo cerca y apuntó su rifle a la cabeza del gris. Le dio una patada en el hombro.

—Mierda, es asqueroso. Acá está mi bonificación.

Hondo continuaba su semicírculo, su chillido se hacía cada vez más fuerte.

¡No! Hice fuerza para levantarme con un dolor punzante atravesando mi cadera.

—¡Tash, está fingiendo!

El gris arremetió contra Tashtego y sus garras le arrancaron la carne, del esternón a la entrepierna.

Se tambaleó hacia un costado, aturdida, tiró el rifle y rodeó su propio cuerpo con los brazos en un intento de mantener los

órganos adentro. No lo logró.

El lepanto gris giró hacia mí.

Hondo saltó hacia adelante y se subió a su lomo. La bestia aulló mientras se sacudía hacia arriba y hacia abajo, de un lado a otro. Apunté con mi escopeta, rezando por un buen tiro. Uno solo. Hondo se aferró al cuello del gris. La bestia dio vuelta la cabeza y mordió a la simia enana. Hondo clavó sus dedos en los ojos amarillos. El gris chilló con las fauces abiertas. Mientras Hondo hundía sus dedos en las cuencas de los ojos, metí la escopeta en la boca del gris y disparé. Se derrumbó. El humo salía de un hueco abierto en su garganta. Hondo corrió hacia mí. Volví a disparar la escopeta, una y otra vez. Cuando el arma se vació, volví a cargarla y a disparar sobre el cadáver.

Hondo aulló y acarició mi brazo.

Yo le di palmaditas en el cuerno.

Recorrí el lugar con la vista, desde Tashtego hasta Billy Quinwall, y luego la quebrada. Mi cadera ardía mientras me arrastraba con los codos hacia el borde. Abajo estaba Pike, enrollada en la tela de la ratataraña. Tenía los ojos aterrorizados y la boca abierta en un grito mudo. El nido estaba abandonado como había sugerido el sargento pero ni yo ni nadie iba a poder decírselo a Pike. En su mente, las ratarañas ya la habían atrapado.

El com-link de Pike, pensé. Si no se había roto podía usarlo para pedir ayuda.

Me levanté apoyándome sobre la escopeta. El dolor era intenso y continuo. Sabía que iba a morir en cualquier momento. Lo sabía. Olas negras brillaban frente a mis ojos. Mi estómago se anudaba hacia arriba en el pecho.

Hondo me tomó por el brazo.

Un lepanto gris, dos veces más grande que el que estaba muerto a nuestro lado, avanzaba pesadamente a través de los cimientos abandonados. Otro caminaba a lo largo de la orilla del río. No, nunca se había registrado la existencia de dos lepantos grises al mismo tiempo y yo estaba viendo a tres.

Una liebre salió de su madriguera. Una bandada de pájaros pescadores minúsculos rodeó el campamento y luego ocupó las tres ramas del otro lado de la quebrada. Uno aterrizó sobre la cabeza del gris gigante. Varios ponis gitanos y alces lanudos bajaron por la colina hacia la meseta. Un león del pantano siguió al segundo gris. Había víboras chapoteando en el río.

Ahora entendía lo que había sucedido con esa antigua

civilización hace quinientos años. Sabía lo que nos iba a pasar por saquear este planeta. Lentamente, muy lentamente, aproximé la escopeta.

El gris gigante, mirándome fijo con sus ojos sin vida, se acercó hacia mí.

Puse una bala nueva en la cámara de la escopeta.

Hondo agarró el cañón y tiró de él. Me tambaleé. ¿Qué estaba haciendo? Tiró más fuerte de la escopeta, chillando, con su pequeña mandíbula apretada con fuerza. ¿Qué era lo que…? Finalmente lo comprendí y solté el arma. Brincó en círculo con la escopeta sobre su cabeza. Después aulló y arrojó el arma a la quebrada.

El gris gigante empezó a marchar más despacio.

Hondo saltó hasta mi lado y golpeó sus puños contra su pecho.

El gris gigante se detuvo. Su aliento pesado formó un torbellino de polvo.

Hondo gritó en dirección al cielo.

Los ponis y el alce giraron en dirección a la selva; las aves pescadoras remontaron vuelo. Las liebres volvieron a sus madrigueras; el león de los pantanos regresó por la orilla.

Los dos lepantos grises se metieron juntos en el río. Observé como se reunían con una manada de otros cincuenta lepantos grises en la orilla opuesta. La manada se dirigió a la selva como si se tratara de un solo animal. Iban hacia el noroeste, hacia el Campamento Doce de MarsTel en la Pradera B´ldad.

Hondo me acarició la mejilla y luego caminó bamboleándose con pasos cortos hasta el com-link de Pike. Sosteniéndolo con cuidado entre las dos manos, lo trajo hasta mí. Hurgó en mi mochila y arrancó su delfín de juguete mientras yo me ponía en contacto con la base de MarsTel.

<<Ubicación>> solicitaba el servicio médico.

—Campamento de la Costa Superior —contesté. Hondo puso su delfín y una naranja sobre mi regazo.

<<Naturaleza de las heridas>>

—Dos muertos. Dos lisiados.

Hondo me besó la mejilla y acarició delicadamente la parte de atrás de mi cabeza.

<<Su nombre, por favor>>

Hondo se fue correteando hacia las colinas boscosas.

—Nicholas Usher-Mars —contesté.

Hondo se detuvo en el límite de la vegetación, se dio vuelta y saludó. Después desapareció.

Treinta largos minutos después, una nave médica que parecía un ataúd blanco volador surcó el horizonte. Pronto regresaría a mi mundo. Ya era hora. Agarré el delfín en mis brazos mientras la nave médica aterrizaba en la meseta desierta.

Los bucles extraños

Osvaldo Sado

Se me había acabado la placidez. La ignorancia frustra; la curiosidad escandaliza y nos pone en actividad. Partí hacia el sur de donde había venido la carta.

Al llegar a la casucha donde se detenía el ómnibus destartalado del año 1928, que venía saltando pozos y baches desde Bariloche, tenía el libro de Cantor en mi bolsillo y el “Gödel, Escher, Bach” de Hofstadter en un valijón de cuero ajado por el uso, varios manuales de matemáticas y la poderosa minicomputadora que nunca abandono. Había llegado a Olarión, a unos ciento treinta kilómetros al sur de Bariloche y a ciento noventa al norte de Esquel.

No me esperaba nadie. ¿José? ¿Quién era?

Al principio estuve seguro de que la búsqueda de su identidad era imprescindible para comprender qué quería. Después decidí tomarlo como un trabajo más, de rutina. Pero, en realidad, debí comprender que él sabía que el teorema de Gödel me apasionaba. Y la pregunta era entonces obvia: ¿cómo lo sabía y -en ese sentido-, para qué podía servirle yo?

Nos encontramos frente a la Escuela Hogar. Era un momento cualquiera: realmente pareció una pura casualidad —al menos entonces—. José me miró desde lo alto de la cabalgadura que era muy hermosa, un caballo ruano, y me espetó:

—¿Qué me puede decir de la filosofía de la música?

Pensé que estaba loco.

—Nada.

—¡Usted es un imbécil! Hablo de la música a cuatro manos[3].

¡Como si yo tuviera que conocer la música a cuatro manos!

Hombre y caballo desaparecieron. Estaban allí y de pronto no estaban más.

Me sentí furioso. Pensé que se burlaban. Caminé por la calle 25 de

Mayo, junto a un cerco. De pronto José apareció surgido del enramada de ligustro. Detrás venía el animal. Hacía un momento no había nadie en la calle de ripio y ahora —salidos de vaya uno a saber dónde—, estaban allí.

—Sado, no me desilusione. Lo traje porque usted es el material maleable que necesito para lo que debemos hacer.

—No lo comprendo —respondí.

—Usted y yo —me dijo José— somos los ecos de nuestros pasados imperfectos. Una especie de determinación fenomenológica de nuestras imágenes incompletas. Nos falta el arquetipo dormido en el fondo de nuestros inconscientes. Un resplandor, un eco de la lejanía. Es la repercusión y la resonancia de la poesía. ¡Es poesía! ¡Pura poesía! ¡Inteligencia! ¡Hay que unirlas! ¿No se había dado cuenta? Y, enseguida, sin detenerse ni darme explicación alguna, como una máquina, me recitó las cuatro ecuaciones de Maxwell. ¿Comprenden lo que esto significa? ¡Una mente brillante! Las dedujo; las dijo; las explicó en quince minutos. Sin comentario; sin mirarme; como un robot siguió con el conjunto de ecuaciones de la electrodinámica cuántica que proporciona una base teórica para las interacciones de la radiación electromagnética con los átomos y sus electrones.

La electrodinámica cuántica parece traducir el comportamiento químico y fácilmente observable de la materia, y engloba la teoría electromagnética. Sus ecuaciones, que explican el electromagnetismo a partir de la naturaleza cuántica del fotón, el portador de la fuerza, fueron formuladas por Paul Dirac, Werner Heisenberg y Wolfgang Pauli en las décadas de 1920 y 1930; ¡y las recitó todas! ¡Todas! ¡Solamente un genio puede hacer semejante enormidad! Fórmulas; explicaciones exactas; deducciones irreprochables.

Siguió. Con rapidez inusitada, habló de lo exigido por la balística exterior que requiere, por lo general, conjuntos de ecuaciones diferenciales parciales de segundo orden, cuya resolución implica cientos de miles de cálculos. Recitó más de cuatro mil, sin detenerse, sin dudar. Horas y horas… Ya era, casi, la madrgugada. Yo lo miraba embobado. Era como si me demostrara su inagotable inteligencia. Me sentí asustado. ¿Qué podía esperar de mí, un simple programador enamorado de la Matemática y de la Física? Finalmente dijo estas extrañas palabras:

—Sado: sólo los antiguos matemáticos indios, como Brahmagupta, conocían las raíces negativas, pero fuera de China y de India no se trabajaba con coeficientes negativos en los polinomios. Sado, debemos volver a esa filosofía matemática

magistral. ¡Ellos tienen las soluciones! ¡La pureza!

Para entonces yo era un pedazo de plastilina en sus manos: podía hacer conmigo lo que quisiera.

Aunque no comprendía la relación con Brahmagupta.

José era alto, musculoso y con ojos azules. Había querido aprender abogacía en Buenos Aires y terminó en un hotelucho de Tres Arroyos donde vivió con una bailarina boliviana que le dio dos hijas. Las abandonó y nunca se supo nada de ellas.

Cómo se encontró con el ruano, caballo bellísimo, es cosa que nadie en Epuyén, donde había nacido, pudo explicar. Pero el animal y él, a partir de entonces, parecían un solo ser. José se convirtió en Juez de Paz de un caserío de diez ranchos muy viejos y rotos en el límite entre Olarión y El Puelo. Lo llamaban Don José. Nunca tuvieron un problema. Lo resolvía todo. Los defendía a todos: parecían seres de otro planeta limpio y ecuánime. Pobres pero alegres. Vivía en la estancia de un amigo de Buenos Aires, en El Hoyo de Epuyén. A su manera la cuidaba. Les cantaba a los yuyos, con su guitarra de dos cuerdas, y los pastos crecían como selva tropical en el pedregal cubierto de escarcha. ¿Absurdo? Quién sabe… El caballo estaba siempre junto a él; es más: parecía que nada de lo que José hacía podía hacerlo sin la compañía del animal. Eran dos en uno o uno dividido en un par.

Nuestro primer encuentro, después del tema frustrado de la música tocada a cuatro manos en el piano —supongo—, lo tuvimos al atardecer de un día tormentoso junto al precipicio en el recodo del camino de ripio que iba al Hoyo de Epuyén. Desde allí se veía el valle. Hermoso paisaje montañés. Cómo llegué allí, no lo sé.

Él le hablaba pausadamente a un ñire añoso sobre las proposiciones formalmente indecibles en los Principia Mathematica de Russell. Es decir la Proposición VI del teorema de Gödel. Yo arengaba a gritos a una lenga roja y altanera que se negaba a darme crédito sobre las dudas que torturaron a David Hilbert, el alemán desdichado, que casi enloqueció tratando de lograr un sistema claro y simple de axiomas que reemplazaran a la geometría euclidiana por otras geometrías no euclidianas. Lo logró. Como Riemann.

—No se preocupe —me dijo—, el tiempo no existe.

Me enfureció semejante disparate. Volví a sentirme burlado. (Aunque en realidad, debo confesar que ya he olvidado cuántas

veces me pregunté qué diablos es el tiempo).

—¡Yo soy un técnico! —le grité— ¿Qué necesita de mí? ¡Filosofía barata no! ¡Por Dios!

No me hizo caso. Permaneció un rato en silencio. Sonrió con astucia. Después me miró con picardía:

—¿No decía Einstein que el tiempo es una ilusión? ¿Por qué entonces se enoja tanto? La palabra es muda.

No comprender me enfurece: tenía ganas de pegarle. ¡Cada vez sentía más rabia por sus incoherencias!

Pero su conversación con el ñire había comenzado a orientarme. Así que empecé a reestudiar el cálculo de lambda, porque el problema —ya no tenía dudas— se refería a la naturaleza del cerebro. Comencé muy rápidamente a hacer progresos. Cuando el ruano se acercaba, los cálculos volaban en mi cabeza y en la computadora. Ese animal poseía —¿qué diré?— un poder extraño sobre nosotros.

Desde entonces casi todas las noches nos tirábamos bajo el ñire a tomar mate. El ruano pastaba entre nosotros, nos miraba, y yo sabía que nos hablaba pero solamente José lo comprendía. No podía comprender qué relación había entre ese (¿aparente y bello?) animal y José. O, más aún, entre todos nosotros. Pero yo adquiría, eso sí, una sensación de omnipotencia para calcular que nunca había tenido. O bien: el caballo pensaba las piedras, —sí, ¡las pensaba!— y las piedras se apartaban de él disparadas como por una honda, y caían por el despeñadero; sin estrépito. Para José era cosa habitual. Al principio me asombré. Pero las rarezas de esos dos eran cosa de cada instante. Ya me había dado cuenta de que cada vez que el caballo padecía uno de esos —llamémosles— ataques, José y yo comenzábamos frenéticamente a hacer cálculos. Mis anotaciones —durante los "ataques"— entraban más y más en una recursividad muy compleja pero que prometía muchos resultados. La llamé el Bucle del Ruano. Se lo comenté a José. No me escuchó. Era una estatua. En cambio, el caballo se acercó mansamente, se echó y puso su cabezota sobre mi muslo: le hablé largamente del asunto. Comprendió. O me pareció que había comprendido. ¿Es que sus ojos sonreían? Y por primera vez me pregunté ¿quién era el ruano?

Nunca pude entender por qué esos seres, aparentemente tan distintos, se necesitaban para funcionar. Porque durante todo ese lapso atemporal transitamos por laberintos y circularidades sin fin. Ellos, el hombre y el caballo, reían. Sabían algo que yo ignoraba. Además, las mentiras a medias y la hipocresía de los periódicos de

Olarión que se burlaban de nuestra tarea, de la cual se habían enterado vaya uno a saber cómo, me enfurecían. Todas esas tonterías me retrasaban en mi trabajo.

Las recursividades distorsionadas de los bucles computacionales falsos, que ellos, José y Ruano, comenzaron a construir, aparentemente para desorientarme, se me ocurrían un gesto de suprema estupidez en seres tan extraordinarios; las incrustaciones de términos incomprensibles en bucles y recursividades falsas, y las variaciones de esas incrustaciones absurdas, (aunque reconozco que eran bellas), demostraban la tontería con que ambos —o para ser exacto José—, enfocaban el problema. ¿Por qué el hombre y su alter ego equino no se decidían a encarar lo que se habían propuesto con seriedad, si era evidente que conocían el método a la perfección?

Geniales como eran, actuaban como imbéciles: inventaban relatos recursivos sin significado dentro de otros relatos insignificantes, paradójicas definiciones de bucles falsos, y, por fin, la forma más común del error en estos ejercicios, el error de los principiantes: el juego del abandono de los caminos importantes, seguros… Supongo que pensaban, como los que recién están aprendiendo, que en cualquier momento podrían volver a los bucles y recursividades verdaderas que los conducirían a la meta. Estaban equivocados. Cuando uno comete esa tonta equivocación, la paga. Cuesta años aprenderlo. Aunque se sea un genio como ellos.

Hombre y caballo padecían la subversión de lo irreal. Algo —incomprensible para mí—, los frenaba. Sufrían y se les notaba. Entonces, riendo, (el ruano abría la boca de oreja a oreja y mostraba su perfecta dentadura), se dedicaban a resolver diversos acertijos matemáticamente idiotas (¡el ruano los dibujaba sobre el ripio y la arena con delicadeza increíble para cascos tan enormes!). Eran tan simples y fáciles como inútiles. ¡En lugar de arrojar a patadas las incertidumbres que les hacían tanto daño y lo atrasaban todo! Momento a momento yo les presentaba algoritmos intrincados pero correctos: el ruano los miraba y le cabeceaba a José que me palmeaba los hombros. De ellos dos —llegué a pensar—, el animal era el sabio. El humanoide, sin embargo, era el complemento indispensable. Pero el tiempo se nos iba. Y yo solo no me podía arreglar con todos los bucles y las recursividades. Una de esas bellas tardes al borde el precipicio frente al valle me puse de rodillas frente a Ruano: me había dado cuenta de que era él —y no José—, quien quería llegar a la solución. Entonces le imploré con desesperación. Era una escena extravagante: un hombre

aparentemente normal rogándole a un caballo ruano de ojos inteligentes.

—Ayudáme; ayudáme por favor. ¡Estamos tan cerca! ¡Tan cerca! ¡Y vos lo sabés! Convencé al tonto de José para que deje los juegos y terminemos. Bastará solamente con un pequeño empuje. ¡Unas ecuaciones más y llegaremos! Pero solamente ustedes dos las tienen. Yo ya no podré dar con ellas.

La mirada del caballo era desesperada. Se arrastró hasta el borde del precipicio y se tiró.

Voló como un águila; aterrizó como un gorrión.

Supe que había perdido; nunca podría convencer a José, porque ignoraba los extraños ingredientes de esa relación animal-hombre.

¿Es que José y Ruano tramaban algo? No. Sabía perfectamente de la bondad casi infinita del animal. De José empecé a pensar que, pese a su enorme inteligencia, estaba loco. Nunca supe por qué no usaban los poderes que ambos tenían para movilizar las piedras, los montes, los cielos si hacía falta, en orden a terminar de resolver el asunto. ¿Cómo no pude comprender por qué los desperdiciaban? ¿Es que no se atrevían a traspasar la endeble línea que nos separaba de la verdad última que buscábamos? ¿Jugaba aquí algo la endeble idea de Dios? ¿Algún otro miedo?

Nuestros encuentros bajo el ñire se hicieron continuos. Las alimañas y los murciélagos ciegos subían y caminaban sobre nuestros cuerpos. El ruano, en cambio, era inmune a los bichos. Las conversaciones se hicieron interminables, pero truncadas por la inmanencia de las ecuaciones que no podía terminar porque José se negaba a intervenir y por la soledad y el odio que subían desde el valle donde el lúpulo moría poco a poco. Nuestra inoperancia hizo que la tierra verde se pudriera y nos mirara suplicante. Fue inútil. José y Ruano observaban el espectáculo. Al igual que yo, no comprendían: solamente sospechaban la causa. Y la causa era nuestra temporalidad deshecha por la desilusión de la angustia. Habíamos envuelto a la comarca en el horror de nuestra ignorancia y de nuestra impotencia. Habíamos convertido una aventura esencial para todos los seres humanos en la irreverencia imbécil del odio.

El miedo detonó la bomba del terror. Se veían largas filas de pobladores empujando sus carretillas con los pocos trastos que les quedaban. Abandonaban las chacras que fenecían con lentitud de tortura en campo de concentración. Mulos y caballos caían muertos

de sed por los caminos pedregosos de los montes. El hedor era ubicuo como la simulación. Los hombres y las mujeres querían beber y los ríos se les secaban en las manos ensangrentadas. Salían de Büchenwald y caminaban hacia el infierno de la nieve asesina. Era la visión del fracaso. Nuestro fracaso.

No me di por vencido: les presenté mis últimos cálculos casi terminados para ver si detenía el asesinato en masa que estábamos cometiendo en la comarca.

—No se preocupe: "la seducción es inmortal". Porque este paisaje seduce a los vivos.

—¡Pero si todo está muriendo! —grité con espanto, harto ya. Y levanté la voz groseramente:— ¿Y ahora qué? ¿Piensa abandonar este bucle, esta recursividad, estas ecuaciones finales que usted, Ruano y yo sabemos, por fin, que son el verdadero camino para llegar de una vez por todas a donde vamos? ¿O tomarán otro sendero inútil? ¿Quieren o no acabar la tarea para la que me trajeron? ¿Es que no comprenden qué cerca estamos? Porque yo ya había comprendido el fin de nuestra investigación.

—Sado: no todo está muriendo: el ruano, usted y yo vivimos.

Otro de sus disparates. Creí entonces —hoy lo sé—, que José tuvo miedo del descubrimiento. No era que no podía. ¡No se atrevía! No pudo; no quiso seguir. Estaba aterrorizado por la magnitud de lo que descubriríamos. Por última vez el caballo trazó con sus patas el teorema de Gödel en el recodo del camino. Delicadamente, con esplendor, con una actitud candorosa, humilde. Nuevamente creí ver lágrimas en sus ojos.

De pronto José, como al pasar, dijo:

—Sin embargo, ¿se da cuenta?, alega lo imposible y lo cubre de cordura, porque manosea lo impensable.

No supe comprenderlo.

Entonces la noche nos desapareció.

Habíamos llegado al final y habíamos perdido. ¿Perdido? A veces la verdad por nacer tiene la fuerza para forzar la derrota y el abandono.

En los meses siguientes, el ruano y José vivieron la elipsis desarraigada de sus errores y la impertinencia del tiempo

instantáneo que los devoraba. Yo estuve escondido en los sótanos de los almacenes de la Gendarmería entre los féretros blancos que llegaban a montones, día a día, para los muertos futuros (se hablaba de una guerra con Chile). Los camiones de combustible llenaban depósitos escondidos en los montes. Los tanques con cañones del 88 y los lanzamisiles, recorrían y poceaban aún más los caminos apenas enripiados o de tierra.

En julio los vi por última vez. Les dije sin temor a equivocarme:

—En realidad no pudimos encontrar el bucle que demostrara de una vez por todas que el cerebro es un objeto matemático, ¿verdad? Porque de eso se trataba. Que la mente humana es una máquina de Turing; que el pensamiento humano es computable, o, lo que viene a ser lo mismo, que la mente es un modelo computacional. Son ustedes un par de asnos engreídos. Estuvimos muy cerca… ¡Ya casi lo teníamos! ¿Por qué diablos no me dieron esa escasísima ayuda que necesitaba de dos genios como ustedes? José siguió caminando sin mirarme. La mirada del caballo me humilló, por la tristeza que la había invadido.

Me había vuelto a equivocar. No quiero emplear la palabra Dios, porque para mí no significa nada, pero Ruano y José me hicieron ver claramente que hay límites que no se puede, que no se debe traspasar. Y algo más. Sartre se planteó qué es el ser y cómo dar un sentido al concepto de la Nada. Nos hemos desembarazado de la idea del ser como opuesto a su apariencia de fenómeno: el fenómeno se da cuando el ser es.

Ellos siempre fueron el Ser; yo no alcancé, mientras ellos estuvieron juntos, ni siquiera la apariencia de fenómeno.

Sé que José entró al baño de la casita que tenía en Olarión frente a la plaza. Se miró en el espejo, largamente. Detrás de su hombro se veía la cabeza del caballo, muy seria.

Sacó el revólver que siempre llevaba y le pegó un balazo al vidrio de las mentiras especulares.

Cuando los policías y yo entramos en el baño no había cadáveres: ni el caballo, ni el hombre; nada más que pedazos de vidrio del espejo.

Me llamó la atención un trozo bastante grande de cristal, que había sobrevivido: allí, el ruano me miraba mansamente, con dulzura. Sonreía. Y enseguida sus ojos fueron mis ojos: comprendí todo. Nos habíamos unido: ¡yo al fin! Ruano no era el alterego de José; era el mío. ¡Por eso me habían llamado! Habíamos podido salir del laberinto armónico y habíamos devenido una recursividad paradojal, un falso bucle, una bola de nieve que se rompería contra alguna de las irreversibilidades mayores de la teoría de Boltzmann. Era una suposición sin importancia. Nos habíamos reunido en ese pedazo de vidrio y éramos, ¡por fin!, el ser-ahí, ¡el Dassein perfecto! (Y, ¿por qué no? La Nada perfecta. El ruano y yo. ¿Había existido el caballo alguna vez? ¿O yo?)

José… ¡Pobre! Era, es, un número de Fibonacci o uno de Lucas —¡qué importa!—… Seguirá siempre perteneciendo a un conjunto recursivamente enumerable; a un bucle cuyo complemento es, también, recursivo; y por tanto infinito. Indetenible. Padece —¿vale la pena decir padecerá?—la locura de la eternidad de esa recursividad indecible a la que tanto despreciara.

Y a la que tanto temió. Porque finalmente pude comprender esa parte de su retorcido bucle cerebral.

Nunca se supo nada más acerca de él. La gente del lugar supone que da vueltas por las grutas de estalagmitas y de estalactitas del glaciar de los Hielos Azules, del cual siempre había estado enamorado. Pero varias expediciones que partieron en su búsqueda no lo hallaron.

Solamente habían encontrado en el refugio un papel bastante bien conservado que después me mostraron.

Era el teorema de Gödel. Dije que no sabía de qué se trataba.

[1]

Douglas R. Hofstadter: “Gödel, Escher, Bach”, página 19.

[2]

Illya Prigogine: “¿Tan solo una ilusión? Una exploración del caos al orden”.

[3]
Seguramente, en este pasaje en el que me insulta despiadadamente, José se refería a las palabras de Adorno: “Esa música que estamos habituados a llamar clásica yo la conocí, cuando era niño, a través de su ejecución a cuatro manos en el piano. ¿Será por eso que todos tratamos de vivir la vida a cuatro manos?”.

Osvaldo Sado

Osvaldo Sado es médico por la Universidad de Buenos Aires, nacido en 1933 y recibido en 1959, posee un acabado conocimiento de la vida, la geografía y las costumbres de la Patagonia argentina, ya que pasó ocho años radicado en El Bolsón, provincia de Río Negro.

Viajó por Alemania y Suiza y publicó su primer trabajo en el importante diario *La Gaceta* de Tucumán.

Recibimos este relato porque acaba de morir el profesor Illya Prigogine, Premio Nobel de Química, físico que se opuso a Einstein, músico y filósofo (que, acaso, sea todo lo mismo) que consideraba al tiempo como la dimensión perdida en la física y sostenía que Dios *SÍ* juega a los dados. Este cuento de Osvaldo Sado, basado en las teorías de Prigogine y en los bucles y recursividades, es un homenaje al científico.

Axxón 127 - junio de 2003

La garra del león

Marcelo Dos Santos

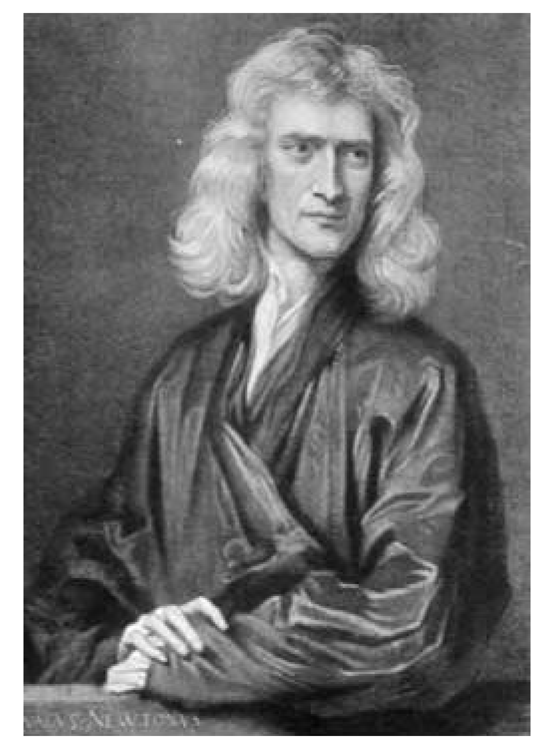
El niño ingeniero

Corría el año de 1649. La abuela observaba, fascinada, los intentos de su nieto de cinco años para cazar un ratón en el jardín. El niño acechaba al roedor en la entrada de la madriguera, le ofrecía semillas como cebo, esperaba con paciencia de depredador.

Como el león ante la cierva, el pequeño, por fin, logró su objetivo: el ratoncito quedó prisionero entre unos trapos viejos. La abuela no preguntó qué era lo que el nene pensaba hacer con él.

Al día siguiente, el jovencito inglés presentó a sus mayores el último invento de su creación: un mínimo molino a escala, con su noria, su muela y sus engranajes, diseñado y construido con sus propias y pequeñas manos. El ratón capturado el día anterior aplicaba su fuerza motriz, como un microscópico asno. Un molino perfecto y funcional, movido por la tracción de un ratón… Recordemos que el pequeño ingeniero tenía sólo cinco años…

El niño creció. Su vida fue increíble, y su intelecto, posiblemente el más grande de la historia de la Humanidad.



Newton en la época de la manzana

Isaac Asimov dijo de él: "A veces me preguntan cuál fue el científico más importante de la historia. Si me preguntan cuál fue el segundo más importante, me veo en problemas, porque tengo que decidir entre Albert Einstein, que desarrolló la Teoría de la Relatividad, Watson y Crick, que comprendieron la estructura del ADN, Darwin, que descubrió la evolución… Pero cuando me preguntan por el **más importante**, la respuesta es muy simple: Isaac Newton. Newton descubrió la gravedad, inventando de un plumazo la mecánica celeste y explicando los causas aún desconocidas de muchos fenómenos de la astronomía y la física. Newton inventó el cálculo integral, creando así las matemáticas avanzadas. Newton creó y perfeccionó el cálculo infinitesimal. Newton descubrió la propagación de las ondas, dando origen a la acústica. Newton fundó la óptica, descubriendo la descomposición de la luz. Newton inventó el telescopio reflector. Newton inventó el sextante. Newton es el fundador de la ciencia moderna. Sin él, el mundo que conocemos no hubiese existido nunca".

El historiador de la ciencia Adolfo Rivero Caro escribió: "Los descubrimientos de Newton fueron tantos y tan importantes, que la ciencia necesitó más de cincuenta años para asimilarlos completamente". También dice que Newton fue el ser humano más importante del milenio que acaba de concluir.

Pero este artículo no pretende ser una biografía del gran Isaac Newton, de las cuales hay ya muchas y muy buenas.

Vamos a revivir, simplemente, la increíble anécdota de los dos célebres problemas de Bernoulli, para subrayar el monstruoso, brillante, inconcebible nivel de genialidad que vivía en el cráneo del pequeño niño que, a los cinco años, diseñó y construyó su molino a ratón.

La familia Bernoulli: los "Bach" de las matemáticas

La familia Bernoulli fue a las ciencias lo que la familia Bach a la música.

En efecto: en sólo tres generaciones produjo ocho matemáticos brillantes, de los cuales tres fueron extraordinarios. Veamos algunos de los logros de estos tres:



Jacob Bernoulli

Jacob Bernoulli (1645-1705) se autoenseñó el cálculo infinitesimal de Newton y Leibniz (algo que cuesta creer posible) y fue profesor de matemáticas en la Universidad de Basilea desde 1687 hasta su muerte. La cátedra de matemáticas de Basilea, a partir de Jacob, fue ocupada ininterrumpidamente por un Bernoulli u otro durante los siguientes 100 años. Ya que estamos a ello, diré que, hasta mediados del siglo XX (es decir, por más de 250 años) siempre hubo un titular de cátedra apellidado Bernoulli en la Universidad de Basilea.

Estudió al detalle las series infinitas y las curvas especiales y diseñó la serie llamada "Números de Bernoulli" que definen las potencias de la función **tan(x)**. Formuló el principio básico de la teoría de las

probabilidades (lo que hoy conocemos como “Teorema de Bernoulli”), que puede enunciarse de la siguiente manera: “Si la probabilidad de un evento es **p** y si se han hecho **n** intentos independientes con **k** cifra de éxitos, entonces **k/p** tiende a **p** cuando **n** tiende a ∞“. Este enunciado, que a primera vista parece trivial y obvio, entraña, ocultos, una enorme cantidad de complejos problemas filosóficos y matemáticos que han tenido ocupados a los científicos desde la época de Newton hasta hoy.

Jacob Bernoulli inventó el término “integral” en 1690.

Estudió las catenarias cuando nadie lo hacía. Desarrolló el estudio de las coordenadas polares cuando casi nadie sabía siquiera lo que era una coordenada polar.

Entre las curvas especiales que fueron su pasión, hay una que lleva su nombre: la Lemniscata de Bernoulli:

$r^2 = a.\cos 2j$



Epitafio con errata

La lemniscata fascinó a Bernoulli por sus sorprendentes propiedades: partiendo de la base de que la lemniscata es una espiral logarítmica, Jacob descubrió que la evoluta de la misma es otra espiral logarítmica. Su *curva pedal* con respecto a su polo es otra espiral logarítmica. La *caústica* de reflexión para los rayos que parten de su polo es otra espiral logarítmica. Su cáustica para los rayos que parten de su polo, pero esta vez de refracción, es otra espiral logarítmica. Tanto se maravilló con ella que quiso hacer grabar una lemniscata sobre su propia tumba, con la inscripción siguiente: *Eadem mutata resurgo* (“Cuando me cambian, resurjo siendo la misma”).

Lamentablemente, el escultor que hizo la lápida no era geómetra: como se ve en la foto, la curva que grabó en el sepulcro no es una Lemniscata de Bernoulli sino una Espiral de Arquímedes… En fin…



Johann Bernoulli

Johann Bernoulli, hermano menor de Jacob, fue médico al principio, doctorado en Basilea, y estudioso del mecanismo de la contracción muscular. Más tarde se dedicó a las ecuaciones diferenciales, la mecánica y la geometría. Al morir su hermano, Johann heredó su cátedra de matemática y física, puesto en el que estuvo 42 años. Fue amigo de Huygens y profesor de matemática en Groninga. Por motivos de dinero, Johann Bernoulli vendió, durante toda su vida, sus trabajos matemáticos al Marqués de L'Hôpital y éste los publicaba como propios. Así, sabemos hoy que, por ejemplo, la famosa "Regla de L'Hôpital" para dividir un polinomio es obra de Johann.

El epitafio que Johann mandó escribir sobre su tumba define, al mismo tiempo, su talento matemático como su inconcebiblemente grande ego: "Aquí yace el Arquímedes de su tiempo".



Daniel Bernoulli

Daniel Bernoulli, hijo del anterior (1700-1772) fue también médico, y descubrió los mecanismos íntimos de la función pulmonar. Más tarde se hizo profesor de matemáticas en la Universidad de San Petersburgo.

Ya en la Universidad de Basilea, fue titular de las cátedras de Botánica, Anatomía, Física, Probabilística, Cálculo y Ecuaciones Diferenciales.

Analizó la mecánica de los fluidos y escribió el primer tratado sobre cinética de los gases. Fue el primer fisicomatemático del mundo. También enunció su célebre "Teorema de Bernoulli" (no confundir con el del tío): "A lo largo de un tubo de flujo, la suma de la energía cinética, de la energía potencial y de la energía de presión es constante":

$$P + r\, g\, h + r\, v^2 / 2 = k$$

Daniel fue un genio no sólo en matemáticas puras sino también en aplicadas. Su libro "Hidrodinámica" es un clásico intemporal desde el mismo día de su publicación, así como sus contribuciones en hidromecánica y elasticidad. Fue también un gran físico, y ganó diez premios de la Academia de Ciencias de París.

Crímenes y pecados

Las relaciones entre los tres Bernoulli más célebres eran, para decirlo de un modo elegante, pésimas. Jacob y Johann no dudaban en insultarse o tomarse a golpes de puño en público por cuestiones de quién había precedido a quién en una demostración o descubrimiento.



Otro retrato del belicoso Johann

Las disputas entre Jacob y Johann eran tan asquerosas, que ninguna revista científica quería publicarlas. Todo comenzó porque Johann adoraba hacer ostentación de sus capacidades matemáticas. Jacob respondió publicando en una revista que él había sido el maestro de su hermano, y que Johann sólo sabía lo que él le había enseñado.

Tampoco Daniel se vio libre de desgracias: los celos eran tan feroces y desmedidos en la familia Bernoulli, que su padre Johann no dudó en echar de su casa para siempre a Daniel (apenas un adolescente en ese entonces) por haber ganado un premio de la Academia Francesa de Ciencias que Johann aspiraba a obtener él mismo. El muchacho cayó entonces en lo hoy llamaríamos "depresión crónica", de la que no llegó a recuperarse nunca. La Academia de París, habiendo

comprobado que padre e hijo habían demostrado lo mismo por métodos independientes y apenada por el incidente, rectificó su decisión y les otorgó el premio a ambos.

Cuando Daniel publicó su obra más importante, “Hidrodinámica”, su padre Johann publicó otro libro titulado “Hidráulica”, y llevó a su hijo a los tribunales, acusándolo de plagio.

Yo creo que todo comenzó a causa del complejo de inferioridad de Jacob: él pensaba que su hermano era mucho mejor científico que él. Hoy se estima que, si bien Johann era más rápido para producir soluciones matemáticas a los problemas, Jacob era más lento pero más profundo, y sus trabajos tenían implicaciones filosóficas más trascendentes.

Jacob y Johann se odiaban tanto, pero tanto, que el primero estableció en su testamento que sus manuscritos matemáticos debían ser entregados a su sobrino Nicolás II (hijo de Johann), con la única condición de que Johann no pudiese leerlos ni consultarlos.

Algunos de los demás Bernoulli, si bien no tan importantes como Jacob, Johann y Daniel, merecen también ser reseñados aquí:

Nicolás, sobrino de Johann y Jacob, estudió las leyes de probabilidad. Uno de los más célebres problemas que resolvió (por vía matemática) es cuándo la ley puede dar por muerto a un desaparecido. El razonamiento de Nicolás es bien distinto del de ciertas legislaciones del mundo, que estipulan un número arbitrario de años desde la desaparición del sujeto hasta el momento en que se lo declara “técnicamente” o legalmente muerto.

La Regla de Nicolás Bernoulli dice que una persona debe considerarse muerta “cuando la probabilidad de que esté muerta sea el doble de la probabilidad de que esté viva, y no antes”. ¿Cómo se determina ese momento? Muy simple: cuando, de las personas que tenían la misma edad que el desaparecido, el número de muertos sea el doble de los que están vivos.

Nicolás II: hijo primogénito de Johann y su favorito, ya que su padre, como hemos visto, odiaba a su otro hermano, Daniel. Nicolás II fue el profesor de matemáticas de Daniel. Fue profesor en Venecia y San Petersburgo. En cierta época, en esta última Universidad enseñaban simultáneamente él y Daniel.

Jacob II: Profesor en San Petersburgo, tiene la particularidad de haber muerto ahogado en el río Neva. En su tiempo se dijo que había sido un accidente, aunque hoy se piensa que Jacob II se suicidó.

La Royal Society

En 1660, un grupo de científicos fundaron, en el Gresham College de Londres, la Royal Society (Real Sociedad de Ciencias). La Royal Society nació como un vehículo de comunicación entre científicos y un ámbito de realizaciones experimentales. Sus miembros se reunían una vez por semana.

Cinco años después, la Royal comienza a publicar su revista, *Philosophical Transactions*, que es, nada menos, la más antigua revista científica de la historia.

En 1671, Newton es invitado a unirse a la Royal Society. Lo presenta el obispo de Salisbury, astrónomo, y las palabras que éste pronuncia pueden parecer muy pequeñas: ¡al fin y al cabo estaba hablando de Newton! Lo que sucede es que Newton no había publicado aún ninguno de sus descubrimientos, lo que lo convertía en un perfecto desconocido en el mundo de la ciencia.

Newton siempre fue reacio a publicar sus trabajos. A su personalidad se suma un infausto acontecimiento ocurrido en 1693.

El padre de la teoría gravitatoria decidió, cierto día, ir a la iglesia. Salió de su estudio, dejando por descuido una vela encendida sobre la mesa. Sucedió que, en ausencia de Newton, su perro Diamante se subió a la mesa y tiró la vela. El incendio subsiguiente destruyó la mayor parte del estudio de Newton, sus aparatos y la mayoría de sus apuntes y manuscritos. Al regresar y observar el desastre producido, Newton amonestó dulcemente al ignorante can: "¡Ah…! ¡Diamante, Diamante, nunca vas a darte cuenta verdaderamente del mal que has hecho…!".

M. Biot, basándose en una carta de Huygens que se conserva entre los papeles de la biblioteca de Leyden, afirma que la pérdida de su trabajo produjo una impresión tan grande en el sabio, que cayó en un estado de crisis nerviosa o locura. Comenzó a padecer tremendos insomnios que lo tenían semanas enteras sin dormir, y un continuo estado de irritación. Además, perdió su enorme inteligencia y sus portentosas capacidades mentales se oscurecieron para dejarlo convertido, casi, en un idiota.

Lo ocurrido en el incendio de 1693 me lleva a preguntarme: si la teoría gravitacional, el telescopio reflector, las tres leyes que gobiernan la inercia (las célebres "Leyes de Newton"), el cálculo diferencial, la espectrografía, la naturaleza ondulante del sonido y la luz, el cálculo infinitesimal, etc., provienen sólo de los papeles de Newton que **se salvaron del fuego**, que solamente representaban

una ínfima parte de sus descubrimientos… ¿Cómo sería nuestro mundo, hasta qué punto habría llegado la ciencia si **la mayor parte de ellos**, que fueron destruidos, también hubiesen llegado hasta nosotros?

Newton continuó durante años su trabajo con la Royal Society, hasta ser elevado a su Consejo Directivo en 1704.

La estadía de Newton en la Sociedad nos interesa, porque los dos problemas de Bernoulli de los que trata este artículo le fueron presentados en ella.

El genio de Newton

Para dar una idea del nivel de genialidad del hombre de quien estoy hablando, voy a contar dos breves anécdotas antes de pasar a los problemas de Bernoulli.

En cierta ocasión, le presentaron a Newton el “Problema de Pappo”: encontrar el lugar geométrico en que se debe ubicar un punto tal que el rectángulo comprendido entre sus dos distancias a dos líneas rectas esté en una proporción dada al rectángulo comprendido por las distancias a otras dos líneas también dadas.

Los grandes geómetras antiguos, entre ellos Apolonio de Pérgamo, habían intentado sin éxito —desde el siglo III a.C.— hallar una solución a este desconcertante problema, y no podían porque es **insoluble** por métodos geométricos.

Cuando le preguntaron a Newton si se le ocurría una solución, respondió al instante: “Ese lugar es una cónica”. Ante el general asombro, tomó una tiza y escribió en un pizarrón una demostración matemática directa, elegante, general e inatacable de lo que acababa de afirmar.

Años después, en 1716, algunos matemáticos desafiaron a Newton para que obtuviera la trayectoria ortogonal de una familia de curvas anidadas, como las que describe la Luna al girar a la vez en torno a la Tierra y, con ella, alrededor del Sol.

Más que un problema era como una burla, porque los matemáticos habían buscado durante décadas la solución infructuosamente, y se pensaba que resolver tal problema era imposible.

Pero no contaban con el genio del hombre que, cuando niño, había diseñado y construido el molino con tracción a ratón.

Newton —quien hacía años que no efectuaba ningún cálculo— sonrió, tomó papel y lápiz, invitó a sus desafiantes a sentarse, y dijo:

"Voy a tardar cinco horas".

Comenzó a escribir fórmulas, ante la mirada atónita de los circunstantes. Escribió y escribió, y, cuando las cinco horas se hubieron cumplido, les mostró la curva ortogonal ya resuelta.

No sólo había solucionado el problema, sino que, de paso, había inventado los principios que hoy usamos para la determinación de las trayectorias.

Ex ungue leonis

En 1696, Johann Bernoulli planteó ante los matemáticos de la Royal Society dos abtrusos problemas matemáticos. Más que de un pedido de colaboración entre científicos, se trató de una especie de concurso: Johann ofreció como premio, a quien fuese capaz de dar las soluciones de ambos, un libro científico de su biblioteca personal. Bernoulli sabía que muchos de los miembros de la Sociedad ambicionaban el ejemplar, que a la sazón era carísimo: costaba nada más ni nada menos que cuatro chelines, toda una fortuna para la época. Aunque la mayor parte de los miembros de la Royal Society eran genios absolutos, su excelencia científica no los había hecho ricos, y ninguno de ellos disponía de peculio suficiente para comprarlo, ni siquiera los que ostentaban títulos de Sir o Lord.

Bernoulli sabía que, con el aliciente del libro, todos pondrían manos a la obra con ahínco y tenacidad. Estableció un plazo máximo de seis meses para presentar las soluciones, y se puso a esperar.

Entre los participantes del certamen se encontraban: Robert Hooke, matemático y descubridor de la célula; Sir Edmond Halley, físico, matemático y astrónomo, descubridor de la periodicidad de los cometas, que encontró estudiando al que hoy lleva su nombre; Gottfried Leibniz, coinventor, junto con Newton, del cálculo infinitesimal (lo desarrollaron independientemente y sin colaborar entre sí: la diferencia estuvo en que Leibniz lo publicó de inmediato y Newton no lo hizo hasta mucho después), Sir Christopher Wren, Christiaan Huygens y otras figuras de similar talento. Por causas no muy bien establecidas, Newton no estaba presente en el lanzamiento del desafío y no se enteró del concurso en ese momento.

Bernoulli esperó y esperó… Esperó y esperó.

Esperó.

Los seis meses transcurrieron, y sólo Leibniz había encontrado la solución a uno de los dos problemas. Como las bases decían que el ganador debía resolver **ambos**, Bernoulli extendió el plazo por seis

meses más, en la esperanza de que alguien consiguiera la solución al segundo.

El año transcurrió, y nadie pudo mejorar la solución de Leibniz al primer problema y mucho menos resolver el segundo.

Molesto por su fracaso, Leibniz sugirió a Bernoulli que se solicitara el auxilio de Newton. Johann comisionó entonces a Halley —muy amigo de Newton— para que le entregara los dos problemas.

El 29 de enero de 1697 Halley visitó a Newton. Recuerda con asombro la entrevista con Newton, su distracción extrema y su falta de concentración en estos términos: "Llegué a su casa a las dos de la tarde. Él estaba encerrado en su estudio, y la servidumbre tenía estrictas órdenes de no molestarlo ni abrir la puerta por ningún motivo. Por lo tanto, me senté afuera a esperar que saliera. Rato después, el ama de llaves trajo el almuerzo de Newton en una bandeja, y lo dejó en el piso, frente a la puerta. Las horas pasaron. A las seis de la tarde, yo sentía un hambre atroz, y me atreví a devorar el pollo de la bandeja. Cuando Newton por fin abrió la puerta, miró los huesos del pollo en la bandeja, me miró a mí y exclamó: —¡Qué distraído soy! ¡Pensé que no había comido!".

Halley explicó a Newton la situación y le entregó la carta de Bernoulli conteniendo los dos problemas. Newton dejó la carta sobre un escritorio y despidió rápidamente a Halley, explicando que "luego echaría una ojeada a los problemas".

Los dos problemas que habían tenido ocupados a todos los miembros de la Royal Society durante más de un año, en los cuales habían fracasado matemáticos del calibre de L´Hôpital, David Gregory y Varignon, los dos problemas de los cuales Leibniz sólo había encontrado una tortuosa solución para uno de ellos, fueron resueltos por Newton en diez horas.

A las cuatro de la mañana del día siguiente los tenía listos, y a las ocho envió sus soluciones en una carta sin firma al presidente de la Royal Society. Sus desarrollos eran tan perfectos y elegantes, que las soluciones de Newton fueron publicadas —también en forma anónima— en el número de febrero de 1697 de *Philosophical Transactions*. Newton había resuelto en una noche dos problemas que a cualquier otro matemático le hubiesen llevado la vida entera.

Bernoulli, impresionado por la elegancia de las soluciones de Newton, no tuvo dificultad en identificar al autor: "Es Newton", afirmó. "¿Cómo lo sabe?", le preguntaron. "Porque reconozco las garras del león (*Ex ungue leonis*)".

Hay quien dice que tanto Johann como su hermano Jacob Bernoulli

consiguieron resolver el primero de los dos problemas, de modo que sólo Newton, Leibniz y los dos Bernoulli encontraron una solución. No me sorprende, porque está demostrado que ellos eran las cuatro únicas personas que podían manejar, en la década de 1690, las complejidades y sutilezas del cálculo integral y diferencial, imprescindibles para la solución del primer problema.

La solución de Leibniz era muy trabajosa. La de Johann Bernoulli era bastante elegante pero muy particular. La de su hermano mayor Jacob era ripiosa y avanzaba con dificultad, muy elaborada y aburridísima, pero más general que la de Johann.

Creo que, a esta altura, huelga decir que la de Newton es la mejor, incluso hoy en día. Breve, simple, elegante, entretenida y general, nadie ha podido superarla.

El segundo problema, por su parte, derrotó a todos, salvo, por supuesto, a las garras del león.

Los dos problemas de Bernoulli

Los dos problemas que Bernoulli propuso a la Royal Society lo habían preocupado durante años.

Ambos tienen la particularidad de que se enuncian fácilmente, pero esta aparente simpleza oculta complejidades tan tremendas, que sólo la sobrehumana clarividencia de Newton pudo desentrañar en pocas horas.

Primer problema: "Determine la braquistócrona".

Segundo problema: "Encuentre una curva tal que si se traza una línea desde un punto dado O, que corte a la curva en P y en Q, entonces OP´ + OQ´ sea una constante".

Newton no sólo encontró la mejor solución para el primero, sino que resolvió el segundo y encontró para éste una solución general.

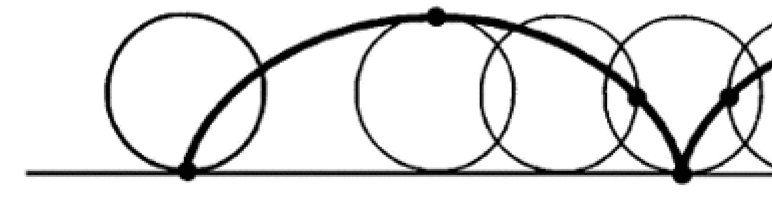
La Helena de los geómetras

Hagamos rodar un círculo sobre una superficie plana y observemos la trayectoria que describe un punto cualquiera del mismo.

En otras palabras, si marcamos el punto más bajo de un círculo que descansa sobre una línea horizontal, y movemos el círculo, haciéndolo rodar (sin fricción ni rozamiento), el punto marcado en el círculo se desplazará hacia arriba, alcanzará una altura máxima

—igual al diámetro del círculo—, y comenzará a descender hasta tocar de nuevo la línea horizontal, en un lugar situado a una distancia del punto original igual a la circunferencia del círculo.

Pues bien: la curva descripta por el punto en cuestión, que se repite tanto como sigamos haciendo girar el círculo, se llama **cicloide**.



La maravillosa cicloide

La cicloide tiene varias particularidades, como la de describir una caída libre gravitatoria. Además, es una de las pocas curvas que funcionan de la misma manera tanto en la mecánica newtoniana como en la relatividad general, en términos de su tiempo propio de caída libre.

La cicloide es una curva tan particular, que fue estudiada por todos los matemáticos importantes, en todas las épocas. Provocó tantas querellas, guerras, peleas y reyertas entre ellos, que se la conoce como la "Helena" de los geómetras.

El primero en interesarse por ella fue Charles Bouvelles, quien la creyó un medio mecánico para lograr la cuadratura del círculo.

Más tarde, Galileo Galilei y su alumno Viviani estudiaron la cicloide, obteniendo a partir de ella un método de construcción de tangentes. Galileo se dio cuenta, además, de que la cicloide era el mejor de los perfiles posibles para construir los arcos de los puentes.

El sabio italiano escribió en 1640: "He estado queriendo describir esa línea curva durante más de cincuenta años, y la admiré por su curvatura, ideal para soportar los arcos de un puente. Hice varios intentos para demostrar que el espacio incluido entre ella y su cuerda era tres veces más grande que el círculo que describía la cicloide, pero estaba errado. No era tres veces mayor, aunque la cifra no estaba lejos de tres".

Mas Galileo se equivocaba: de hecho, la superficie del área definido por la cicloide **es** tres veces la del círculo generatriz. Tal extremo fue demostrado al mismo tiempo por Torricelli, Roberval y Blas Pascal. El error de Galileo se debió a que, en vez de calcular la superficie por métodos geométricos, trató de medir el área construyendo modelos de cicloides y **pesando** los mismos.

Mersenne hablaba con todos sus corresponsales de las extrañas

propiedades de la cicloide, y, precisamente, su alumno Roberval fue uno de los que demostró la superficie del arco cicloidal.

Poco tiempo después se encontró el centro de gravedad y se descubrieron también los volúmenes de los sólidos que se obtienen rotando una cicloide alrededor de su base y de su eje.

En toda esta investigación se ocuparon los más importantes matemáticos de la época, incluyendo al gran René Descartes.

Ganando la Cátedra de Matemáticas del College Royal en 1634 gracias a sus técnicas investigativas aplicadas a la cicloide, Roberval consiguió mantener el cargo durante cuarenta años. Mas la “Helena de los geómetras” metería la cola…

El francés había llegado a su puesto mediante concurso público, que incluía una competición matemática trienal, pero el reglamento no exigía explicar los métodos utilizados. El titular de una cátedra (que era quien elegía los problemas del concurso) tenía, pues, muy buenas razones para mantener sus procedimientos ocultos, porque muy bien podían ser utilizados por otros para desbancarlo tres años más tarde.

Roberval, al no querer explicar cómo había llegado a sus conclusiones, perdió el derecho de precedencia sobre varios descubrimientos, entre ellos la superficie del arco de la cicloide, y se vio envuelto en numerosas querellas.

Uno de los que lo demandó por el asunto de nuestra Helena fue Evangelista Torricelli, quien había publicado en 1644 una explicación completa (obtenida independientemente) del área y las tangentes de la cicloide. No es sorprendente que Torricelli hubiese llegado por sí mismo a las mismas conclusiones, ya que había sido asistente de Galileo, quien posiblemente le transmitió sus conocimientos sobre el tema.

El concurso de Pascal

Un día de 1658, Blas Pascal se despertó con un horrible dolor de muelas, y comenzó a pensar en la cicloide para ver si desconcentrarse del dolor lo ayudaba en algo. Mágicamente, el dolor se fue, y, en agradecimiento, el matemático dedicó los siguientes ocho días a estudiar la cicloide en profundidad. Luego de redescubrir casi todo lo que los anteriores habían hallado con respecto a esta curva y de encontrarle unas cuantas propiedades nuevas, Pascal decidió promover un concurso que consistía en resolver algunos problemas de cicloides. Los dos mejores trabajos serían premiados, y actuarían como jurados Roberval y el mismo Pascal. Recibieron dos respuestas correctas, firmadas una por Wallis

y la otra por Lalouvere, mas los jueces consideraron que no cumplían las expectativas y los premios fueron declarados desiertos.

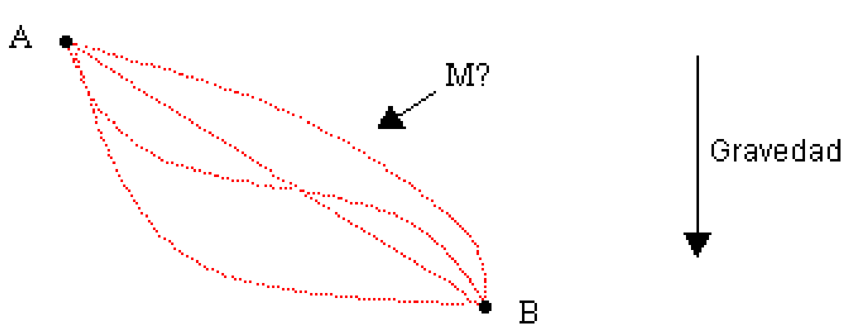
¿Qué hizo Pascal? Publicó **sus** propias soluciones sobre la cicloide, además de un ensayo titulado "Historia de la Cicloide" donde tomaba partido por Roberval en su vieja disputa con Torricelli acerca de la precedencia de los descubrimientos sobre la sorprendente curva.

Sin embargo, toda esta embarazosa cuestión terminó rindiendo sus frutos: Christiaan Huygens, que estaba tratando de mejorar su diseño de relojes (su gran pasión, aparte de la matemática), se percató de que el período de oscilación del péndulo no es del todo independiente de la amplitud de su recorrido. Inspirado en el asunto de Pascal y el concurso, el holandés pensó en qué pasaría si el péndulo era obligado a seguir una trayectoria cicloidal. Previsiblemente, descubrió que ese sistema **sí era perfectamente independiente de la amplitud**. Huygens había descubierto que las cicloides son **"tautócronas"**, es decir que el tiempo que una partícula tarda en recorrer la distancia desde cualquier punto de la cicloide hasta el punto más bajo de la curva es siempre el mismo, no importa si lo iniciamos en la parte más alta de la curva, en la mitad o desde un punto muy cercano a la base.

La braquistócrona

No terminó así el asunto, puesto que llegamos ahora a la noche de 1696 en que Johann Bernoulli propone a los honorables miembros de la Royal Society que determinen la braquistócrona, con el invaluable libro de cuatro chelines como acicate.

"Dados dos puntos A y B sobre un plano vertical, débese determinar la trayectoria AMB de una partícula M a lo largo de la cual, descendiendo por su propio peso, M se moverá de A a B en el menor tiempo posible". En pocas palabras, como dijimos, "determine la **braquistócrona**".



Determine la braquistócrona

Si creemos a Johann (y no a su hermano), éste descubrió algo que lo

movió a escribir, en enero de 1697, una carta a Huygens en la que decía: “Te vas a quedar petrificado cuando te diga que la cicloide es, **precisamente**, la braquistócrona solicitada”. Es decir, que el camino que utiliza un tiempo más corto para un móvil que cae por gravedad tiene forma de cicloide.



Camino más rápido entre A y B: una cicloide

Como se ve en el diagrama anterior, el sentido común (que normalmente conduce a error), nos dice que el camino más rápido para que la bolita pase de A a B es un plano inclinado AB. Sin embargo, el braquistócrono es la cicloide ilustrada. Claro, Newton, sabía que la mayor aceleración en la parte más vertical de la curva aceleraría el móvil más que la aceleración constante de un plano inclinado, lo cual demostró utilizando el cálculo infinitesimal. De hecho, su solución de este problema se considera el primer resultado exitoso de sus “fluxiones” (él llamaba así al cálculo).

Así como los hermanos Bernoulli se pegaban entre ellos para ver quién descubría las cosas antes, y como Leibniz decía que él había descubierto primero el cálculo infinitesimal (aunque Newton, como dije, lo había hecho antes en silencio), sucedió que Johann y su hermano apoyaban a Leibniz en su reclamo. Hay quien dice, entonces, que el envío del desafío al viejo león fue una forma de burlarse de él, pensando que no sería capaz de resolverlo. La ladina carta de Bernoulli, inocentemente entregada por Halley, decía: “Hay pocos que son capaces de resolver mis excelentes problemas, especialmente muy pocos entre esos matemáticos que han visto crecer su fama a través de dorados teoremas que ellos creen que nadie más conoce, aunque hayan sido previamente publicados por otros…”. Era, en realidad, una directa acusación (injusta, además) a Newton de plagiar el trabajo de Leibniz.

Halley afirma que Newton, ofendido, no durmió hasta tener resuelto el asunto a las cuatro de la mañana, sabedor de que era imposible que un problema resuelto por Bernoulli y Leibniz le permaneciera inaccesible.

Newton diría más tarde, consciente de que su solución era mejor que la de los otros: “Me molesta que me desafíen e insulten algunos que no son más que extranjeros en la matemática…”.

Bernoulli contaba con una ventaja sobre Newton: el inglés resolvió la braquistócrona sólo con un lápiz, un papel y su cerebro, mientras que Bernoulli lo había hecho a través de la observación experimental, estudiando la trayectoria de un rayo de luz a través de un medio no uniforme. Demostró cómo esta trayectoria se relacionaba con el problema mecánico de un objeto moviéndose a velocidades variables y comparó la versión óptica con la mecánica.

La comparación era que en un caso, la densidad óptica es inversamente proporcional a la velocidad, en tanto que la densidad de un medio físico guarda la misma proporción con la velocidad de caída libre de un objeto. "De esta forma", escribió el ególatra Bernoulli, "he resuelto dos difíciles problemas: uno óptico y otro mecánico…". Por supuesto que su solución se basa en la ley de Galileo de cuerpos en caída libre (según la cual las velocidades de caída son la raíz cuadrada de la altura). También da crédito a Huygens: "Antes de terminar, expresaré mi admiración por el hecho de que la tautócrona de Huygens y mi braquistócrona sean, inesperadamente, la misma curva. Encuentro especialmente admirable que esta coincidencia sólo es posible bajo la hipótesis de Galileo, de lo que obtenemos una prueba de que aquélla es correcta. La naturaleza tiende siempre a actuar de la manera más simple posible, y así permite, en este caso, la existencia de una sola curva que cumple ambas funciones, condiciones bajo las cuales, con cualquier otra hipótesis, necesitaríamos dos curvas…".

Bernoulli era un genio, pero no uno incomparable. No tenía idea, por ejemplo, de que, además de las propiedades que tanto lo entusiasmaban, la cicloide, aparte de ser la tautócrona y la braquistócrona, es la única curva posible que describe la caída libre gravitacional radial contra el tiempo propio en la Teoría de la Relatividad General. En la frase citada más arriba, además, puede reconocerse el puntapié inicial del Principio de Maupertuis (o "Principio de la mínima acción").

Unos pocos cálculos

Uno de los grandes logros de Newton (obtenido simultáneamente también por Bernoulli y Leibniz) es el descubrimiento de la ecuación diferencial de la cicloide. Si indicamos como $\mathbf{x}$ e $\mathbf{y}$ las coordenadas de un punto genérico a lo largo de la cicloyde, y $\mathbf{x+dx}$ e $\mathbf{y+dy}$ a las de otro punto infinitamente cercano al primero, entonces:

[image]

Sabiendo esto, lo que hizo Newton fue encontrar la ecuación paramétrica de la cicloide para resolver el problema con su "garra"…

Imaginemos que el círculo generador de la cicloide (aquél que hacíamos rodar por el plano) tiene radio 1, y elijamos un punto cualquiera de la curva. Llamaremos **P** a tal punto, de nuevo **x** e **y** a sus coordenadas, y **t** a la medida en radianes del ángulo **PÖB**, igual a la abertura del arco **PB**. Entonces tenemos que

AB = PB

que

BC = PQ

y también que

PC = BQ

Luego:

x = AC = AB - BC = t - PQ = t - sen t

y también

y = PC = QB = OB - OQ = 1 - cos t

Cuando el círculo completa una rotación entera, el arco variará entre 0 y 2p. El punto definido por las coordenadas

(t-sen t, 1-cos t)

describe la cicloide.

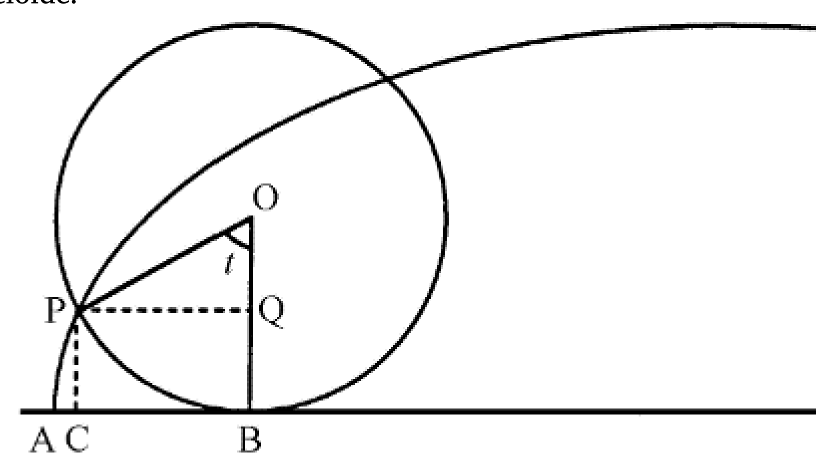


Diagrama de la ecuación paramétrica de Newton para las cicloi

Braquistócrono mecánico

La braquistócrona se puede visualizar muy bien con un aparato construido por el italiano Francesco Spighi en 1775.

El sistema de Spighi ilustra acabadamente la ley que Galileo descubrió y que inmortalizó en una carta a Guidobaldo del Monte. Es la misma que Bernoulli, Newton, Leibniz y Huygens utilizaron más tarde y de la cual hemos estado hablando en profundidad.



Braquistócrono de Spighi

El braquistócrono de Spighi tiene un riel o surco de madera de forma cicloidal, apoyado en dos pies con tornillos para ajustarlos. Paralelo al cicloide hay otro canal recto que cruza la curva.

La inclinación del surco recto puede variarse, apoyándolo en los clavos que bordean la cicloide. Mediante una palanca se sueltan dos bolitas por los dos rieles simultáneamente. Sea cual sea la inclinación que le demos al surco recto, la bolita que se desplaza por la cicloide siempre llega antes al punto de encuentro.

Lamentablemente, no sabemos casi nada del constructor de este fascinante instrumento.

Nacido en Florencia, parece haber sido un constructor de muebles y armarios que terminó trabajando para el *Imperiale e Regio Museum*. Sus aparatos pueden verse hoy en el Gabinete de Física del mismo.



Vista posterior de un aparato similar.

El ocaso del viejo depredador



Newton, el león, disfrazado de Sir Isaac

Luego de haber clavado tantas veces sus portentosas garras en el Universo, Newton cambió de profesión.

Sí, como lo leen.

Un buen día, su amigo Halley le recordó a la Reina que el más grande intelecto británico (y el hombre más inteligente de todos los tiempos, hasta donde sabemos hoy) era aún plebeyo. Ansiosamente, Su Majestad mandó llamar al felino y en el momento lo nombró Sir.

Era costumbre (y creo que lo sigue siendo) ofrecer un cargo público al hombre a quien se acababa de promover a la nobleza. La Reina le preguntó qué puesto le gustaría ocupar, pensando que Newton diría "Real Astrónomo de Su Majestad" o algo por el estilo.

Pero Newton se encargó, una vez más, de sorprender al mundo. Dijo: "Ehhhh… Me gustaría ser el Director de la Casa de Moneda". Y así lo nombraron.

Parece que le interesaba encontrar los métodos que usaban los falsificadores, determinar las proporciones de las aleaciones ("ley") utilizadas, etc.

Fue así que Sir Isaac, el viejo león, pasó la última cuarta parte de su vida sin preocuparse por la matemática, la física ni la gravedad, sino persiguiendo y ahorcando a los falsificadores de monedas de oro.


El terror de los falsificadores

Sus últimos escritos, además, no versan ya sobre ciencia, sino sobre alquimia y astrología.

Sin embargo, cuando murió, en 1727, fue el primer científico en ser enterrado en la Abadia de Westminster, en reconocimiento al universo que, por sí mismo, él solito nos había permitido comprender correctamente.

Sobre su tumba han grabado la fórmula de desarrollo del binomio, que Newton descubrió:

$$(a+b)^m = \binom{m}{0}a^m + \binom{m}{1}a^{m-1}b + \ldots \binom{m}{m-1}ab^{m-1} + \binom{m}{m}b^m$$

El epitafio grabado bajo ella dice:
"H. S. E. ISAACUS NEWTON Eques Auratus, Qui, animi vi prope divina, Planetarum Motus, Figuras, Cometarum semitas, Oceanique Aestus. Suâ Mathesi facem praeferente Primus demonstravit: Radiorum Lucis dissimilitudines, Colorumque inde nascentium proprietates, Quas nemo antea vel suspicatus erat, pervestigavit. Naturae, Antiquitatis, S. Scripturae, Sedulus, sagax, fidus Interpres Dei O. M. Majestatem Philosophiâ asseruit, Evangelij Simplicitatem Moribus expressit. Sibi gratulentur Mortales, Tale tantumque exstitisse HUMANI GENERIS DECUS. NAT. XXV DEC. A.D. MDCXLII. OBIIT. XX. MAR. MDCXXVI".
("Aquí descansa Sir Isaac Newton, caballero que con fuerza mental casi divina demostró primero que nadie, con su brillante matemática, los movimientos y figuras de los planetas, los senderos de los cometas y el flujo y reflujo del océano. Investigó cuidadosamente las diferentes refracciones de los rayos de luz y las

propiedades de los colores originados por aquellos. Intérprete laborioso, sagaz y fiel de la naturaleza, la Antigüedad y las Santas Escrituras, defendió en su filosofía la majestad del Todopoderoso y manifestó en su conducta la sencillez del Evangelio. Dad las gracias, mortales, al que ha existido así y tan grandemente como adorno de la raza humana. Nació el 25 de diciembre de 1642; falleció el 20 de marzo de 1727").

Sir Alexander Pope agregó un epitafio de su cosecha para Newton: "La Naturaleza y sus leyes yacían ocultas en la oscuridad. Dios dijo entonces: ´¡Sea Newton!´, y todo se iluminó".

Por cierto, John Collins Squire añade en broma: "Pero esto no terminó aquí… El Diablo gritó: ´¡Sea Einstein!´, y la situación anterior se restableció".

Así murieron las garras del viejo león, aquellas que habían comenzado a afilarse con el molino a ratón.



Mascarilla mortuoria de Newton, tomada del cadáver

Cuando Newton tenía siete años, el gato de la casa desapareció, y nunca volvió a los lugares que solía frecuentar.

La última vez que vieron al animal, casualmente, el niño Newton estaba construyendo un globo de aire caliente.

Caribbean Caipirinha

Víctor M. Anchel E.

A causa de lo intempestivo de la hora el “Caribbean Caipirinha” estaba casi desierto. Una mesa con un grupo de jóvenes que no dejaban de contar chistes, siempre bajo la atenta mirada del enfurecido barman (quien no sabía cómo decirles que era ya hora de cerrar el bar… o de pedir nuevas consumiciones), una pareja de enfebrecidos nuevos amantes, el tipo joven de larga barba que estaba a su lado desde hacía algunas horas y el propio Arístides. La música de samba seguía sonando, a un volumen ya algo menor; un segundo camarero se encargaba de fregar el suelo, recoger las mesas y poner las sillas encima, con gran estrépito y la sana esperanza de que los presentes entendiesen la indirecta. Desde los aseos llegaba un leve tufillo a orín.

Aquel debía ser su cuarto whisky doble. El Mojito cubano y las caipirinhas le habían dejado un agrio sabor en la boca del estómago y la experiencia le había empujado hacia el escocés de 12 años que todo lo sana. Su desconocido compañero (un tal Jesús noséqué) llevaba tres horas con la misma cerveza, tratando de concentrarse en la revista de viajes que había acomodado en la barra del bar nada más llegar. Arístides no estaba de humor como para dejarle leer: Dios, si lo había en alguna parte, le había llevado a su lado para escuchar, y el muy cabrón iba a escuchar.

—Como lo oye. Verdaderamente gafado.

—No será para tanto —dijo Jesús—. Las casualidades, ya sabe…

—Qué coño casualidades. Gafado y bien gafado. No contento con aquella primera decepción infantil, seguí escribiendo. No lo podía evitar —nuevo sorbo—. Pero lo peor estaba por llegar. Comencé a escribir un libro sobre la mafia. Una gran epopeya centrada en una familia poderosa, de Corleone. El cambio generacional a través de las diferentes épocas. Muertes, violencia… Me documenté de cojones.

—Vaya, como en el Padrino.

Miró enfurecido al de la barba a los ojos: —Sí, como el Padrino. Cuando lo leí tiré el televisor por la ventana. Un Telefunken Color y 345 folios a la basura…

—Joder. Qué putada, oiga…

—Después fue la aventura galáctica —Arístides volvió al vaso—. Una princesa raptada, un grupo de Samuráis del espacio que llevaban espadas láser… verá, yo no voy al cine. Cuando estaba a punto de acabar el primer borrador se lo di a leer a un amigo, tan ilusionado como estaba. Lo abrió al azar y lee: "Luke, tú no lo entiendes: Yo soy tu padre".

—No…

—Sí —asintió desesperanzado—. Tardé un año en recuperarme.

—Qué mala pata…

—Me puse entonces a trabajar en algo más complejo. Un libro sobre clonación. Tres años de investigación, comienzo a escribir sobre dinosaurios que vuelven a vivir gracias a la ciencia…

El otro sonrió, asombrado —No joda…

—Pues sí. Parque Jurásico. Y eso es sólo lo más gordo: esas tres sagas juntas han dado más dinero que el producto interior bruto de España. Porque también escribí un relato que se iba a llamar "Ciudad Oscura"… ¿ha oído hablar de Dark City?

—Pues no.

—Otra película, aunque ésta no acabó de triunfar porque era demasiado compleja para los yanquis. Mi relato era más sencillo, joder…

—Le acompaño en el sentimiento, oiga…

—Lo último ha sido definitivo. No sé si suicidarme, beberme todo el bar, ambas cosas o dedicarme a un trabajo más edificante, como la construcción. Estaba a punto de acabar un libro en el que se habla de universos paralelos, en el que hay múltiples partes de cada persona en cada universo. Si alguien unía cada fragmento de personalidad en uno solo sería casi un semidios. El Único…

—Mira, como la película que se estrena esta noche…

Arístides asesinó al de la barba con una ya errática mirada. —Exacto, no me había dado cuenta. Es una casualidad que esté poniéndome hasta las cejas de Red Label —devolvió la mirada al vaso—. No te jode…

El de la barba tomó un sorbo de cerveza antes de preguntar —¿Y ahora qué?

—Yo que sé… estoy aburrido de seguir arruinado mientras mis ideas, que parecen llegar a otros justo antes que a mí, no hacen más que ganar dinero. Estaba pensando en comenzar a escribir una gran trilogía fantástica: un universo en el cual se puede viajar de

plano a plano a través de los sueños. Donde los viajeros son conocidos como los Errantes, y son perseguidos por otros seres que tratan de evitar los viajes para salvaguardar el universo. Los Vigilantes. Pero estoy por dejarlo, seguro que alguien se me anticipa… —Arístides sintió un apretón en la vejiga—. Mmm… si me disculpa, creo que voy a mear.

No fue sencillo llegar al aseo, y aún menos enfocar el miembro al urinario. Sólo acertó al cuarto intento. “Cagontó”, pensó, “cada día los hacen más pequeños”. Ahora que había logrado despejarse un poco recordó que aquel individuo de la barba le sonaba de algo. ¿Lo había visto en el metro, o…? Er… ¿En qué estaba pensando, un individuo con barba que bebía una coca cola?, ¿o era una cerveza? ¿Barba? ¿Tipo? Cabeceó con frenesí, tratando de aclarar embotada mente.

En la barra, el de la revista de viajes dejó la cerveza y sacó de su chaqueta el teléfono móvil.

—¿Pedro?, oye, soy el jefe. No, el Padre no; soy Jess, joder… ¿has visto a papá usar alguna vez el teléfono, so idiota? Pues eso. Ponme con el departamento de Musas. Sí, espero. —Silencio, roto por las carcajadas de los chistosos de la mesa— Sí, oye, que soy el Jefe. No, soy el Hijo; mecagonlasantísimatrinidad, qué menudo invento se le ocurrió a papá. Sí, el mismo Jess. Oye, tenemos otro éxito, así que busca a una Musa que esté libre y transmítele esta información, que el oráculo ha hablado. —Jesús contó la historia de Arístides una vez más—. Eso es. Y, oye, trata de que ésta no tenga tanta imaginación como la de Dark City, joder. Que mucha película de culto pero el personal andaba perdido y el pobre director no hizo ni cuatro dólares. Me importa un pepino si los yanquis son unos cenutrios o no: también son hijos de papá, o sea, míos, o sea… bueno, ya me entiendes. Pásame otra vez con san Pedro —silencio—. Sí, que soy yo de nuevo. Escucha, avisa al Ángel de la Guarda de Arístides, que lo he visto muy jodido. No vaya a ser que se nos suicide el cabrón… no hemos tenido un Oráculo así desde aquel tipo del siglo XIV al que se le ocurrió el Quijote y las obras completas de Shakespeare en cuatro años. Vale, nos vemos mañana a la hora del Mus. Bye.

Arístides regresó a su silla. Al lado había una revista de viajes. ¿De quién sería? Viajes… como su proyectado relato nuevo. Viajes a través del sueño… ¿una señal divina? Por si las moscas, decidió

despejar su mente. Alzó la mano hacia el barman.

—Una ginebra. Pero que sea Tanqueray, ojo.

Víctor Manuel Ánchel Estebas

Víctor Manuel Ánchel Estebas es español. Nació el 29 de diciembre de 1973. Es músico, oboista, y toca en la primera orquesta de su país: la Orquesta Nacional de España (con ella vino a Buenos Aires y tocó en el Teatro Colón). Además es profesor de oboe en la Escuela Superior de Música “Reina Sofía”, de Madrid, que pasa por ser la más prestigiosa escuela de música de España. Dice ser un lector enfermizo, con especial predilección por la literatura fantástica y la ciencia ficción, y está orgulloso de su biblioteca (con muchos libros descatalogados, como la obra completa de Fritz Leiber o Moorcock). Los libros viejos son otra de sus pasiones. Se confiesa rendido admirador de “o Rei” Quevedo.

Teniendo en cuenta ese amor por los libros y sus maravillosas realidades alternativas, no es difícil entender que acabase por escribir. Lo hizo a los 15 años, con un relato corto del cual guarda un buen recuerdo. A partir de entonces no ha dejado de aporrear las teclas de sus diferentes ordenadores. Además, es un buen “vampirólogo”: colecciona todos los libros de vampiros que puede encontrar, y tiene un incunable del siglo XVIII del “Traité sur les apparitions des esprits et sur les vampires où les revenans de Hongrie, de Moravie, etc.”, del padre Dom Augustin Calmet, que le costó dos sueldos…

Fue premiado en el Concurso Axxón, Mundos Diferentes, por la novela de Fantasía *Más All&aacute del Sueño: El Medall&oacuten* (Axxón 116). En el número 112 y número 121 de Axxón los lectores podrán encontrar otros relatos de su serie “Más allá del sueño” y uno más, fuera de la serie, en el número 113 de Axxón.

Axxón 127 - junio de 2003

LOS JINETES DEL RECUERDO

Van como espectros
Deambulando por las praderas desérticas
De la vieja comarca de los francos
Tienen los ojos hundidos y oscuros
El cuerpo magro y pálido
Cubierto de andrajos
Y largas y delgadas las manos
(como espigas marchitas)

En las noches estrelladas
Salen de sus cuevas a buscar el aire
Y el agua de los cactus
Y a verse las arrugas de sus rostros
Con la claridad de la luna

Son los jinetes del recuerdo
Que cabalgan camélidos
     Mutantes
Por las dunas y las ondas
Repensando la vida y el camino

Dicen que sus voces susurran
Los buenos viejos tiempos
   Anteriores al retorno de los ángeles
Y que relatan los sonidos del horror
Las carnes desgarradas
La tierra asolada por el fuego
Que vino del segundo círculo
Más allá del cielo de las naves

Ellos cuentan que fueron los
Mensajeros radiantes de los dioses
(quienes ayer les dejaron el pan
la luz sagrada y el sueño)
Los autores del estruendo

Y refieren que regresaron silbando

Extrañas melodías de arena
Y que se sintieron defraudados
Y que decidieron
(con el dolor de sus antenas)
Quemar las páginas mal escritas
De esa historia
Y comenzar de nuevo

APOCALIPSIS XVII

A Hollywood, factoría de ilusiones

Primero fue una inmensa ola
Que ahogó toda la vida de esa orilla
Después el alarido de la tierra
Que sepultó las esperanzas de
Los Ángeles
Y el aire se llenó de lamentos
Y de nubes de polvo y muerte
Y en la visión apocalíptica
   Del bardo
Los sembrados amarillos
Fueron enlodados por el trueno

Años más tarde
La visión del poeta dijo
Que todo fue cercenado limpiamente
Por el fuego
Que la nostálgica playa de los astros
Desapareció montada en una cresta
   Diluida
Y que desde el borde del acantilado
   Tenebroso
Que limitó el trayecto de los sueños
Los jinetes del recuerdo aún perciben
Las sonidos de la furia
Y el olor embriagante
   De los naranjales en flor

Sincelejo, marzo de 2002

LA HOJA QUE SE MUERE

La vi caer suavemente sobre el césped
   De la alameda de los últimos días
Mientras observábamos la soledad del mar
En esa playa del pasado
Que fue sol, amor y alegría

Yo leía los versos dolorosos del adiós
Que le decían al mundo que la vida
Tendría una segunda oportunidad
   En otra parte
Y la vi caer segura de su suerte

Tú estabas a mi lado ¿lo recuerdas?
Te dije entonces que una hoja sin sol
Era la muerte
Como una mujer sin amor
O una cometa sin brisa
Y tú me preguntaste
Por las razones escondidas de la nube
Y por la desaparición de las mañanas

Y yo te contesté que la noche se acercaba
Para vestir de negro los colores
Y almacenar las ilusiones de los hombres
En el sueño eterno de Hiroshima
Que la vida podía reverdecer
En otras hojas En otros tiempos
Y que había que grabar en la retina
(Para no olvidar su brillo y su mensaje)
La luz de la última estrella

Sincelejo, marzo de 2002

¡QUE GRAN DESPERDICIO!

A Carl Sagan, autor de "Contacto",
in memoriam

Si esa luz que nos llega de Sirio
O de Andrómeda
No alumbra el sueño de otros seres

Si en todo el universo
(como dicen los escépticos)

La vida es ausencia
En medio de la noche

Y si la palabra reside solo
En este valle del cosmos
Y el infinito es arena y gas
Y una que otra hoguera
En el tapete azabache
De los dioses

Qué gran desperdicio de espacio
Señor…
¡Qué falta de visión la tuya!
¡Cuánta soledad!
¡Cuánta tristeza!

Sincelejo, diciembre de 2001

SATURNO

Inmensa burbuja coronada
Por el polvo residual
De alguna luna disgregada
Me embelesan
Tu corona rielante
De roca y hielo
Y tus bandas de nubes paralelas
Contemplo tus veloces pastores
Abrir en tus anillos surcos reservados
Para mantener el control de tus
Corceles diminutos
Y pienso en la esperanza de encontrar
La arquitectura de la vida
En las aguas embriagantes de Titán

Saturno tiempo achatado
De color naranja
En el pozo del recuerdo
Pareces una nave que se acerca

Sincelejo, febrero de 2002

ATLÁNTIDA

En las profundidades del lago Titicaca
Las piedras cuentan tu presencia
Y confirman la tragedia
   Del agua y del fuego
Que ocultó a los talladores del tridente
De la bahía de Paracas
Y a los dibujantes del aeropuerto
De los pájaros

De Tiahuanaco y de Atlantis
(Los puertos de los dioses
   Del ancestro)
Salió la nave del rey Toth
Rumbo a Tartessos
Cargada de maíz
De oricalco y de tabaco
El aciago día del desastre

Entonces la memoria de Toth
Se asiló en el valle de las moles
Que apuntan hacia el cielo
Y su sabiduría se expandió
Por las costas de Ugarit, Tiro y Sidón
Y el eco de sus naves ancló en Jonia
Y surgieron las ciudades del hierro
Y el pensamiento dio un salto de gigante
Y en Atenas la pluma del filósofo
Dejó constancia de su gloria

Atlántida mil veces sumergida
Imperio fabuloso
De murallas transparentes
De cristales de fuego
Y navegantes pelirrojos
Que trillaron los caminos
De los dioses
De oriente y de occidente

Atlántida edénica
De palacios, canales y vergeles
Estás allí dormida
En el regazo de Los Andes
En el folclor y en las palabras
De los jinetes del recuerdo
Y en la sangre del hombre

Sincelejo, febrero de 2002

LA ESFINGE

Estás allí
Con tu mudez de piedra
Conservando el mensaje de los signos
Y la gloria de otros tiempos

Estás allí
Coloso astral con rostro de mujer
Y cuerpo de león
Indicando la fecha del diluvio
Que sepultó la isla de las letras

Estás allí
Soportando la arena del desierto
Y la ceguedad del hombre
Que te mira y no comprende
La angustia de tu rostro

Sincelejo, marzo de 2002



Antonio Mora Vélez nació en Barranquilla, Colombia, en 1942, estudió la secundaria en Montería y la carrera profesional de Abogado en la Universidad de Cartagena. Trabajó durante veinte años en la Universidad de Córdoba como docente, Secretario General, Decano de Educación y Jefe del Departamento de Humanidades. Reside en Sincelejo desde 1993 y se desempeña como Vicerrector de Bienestar Universitario, Director de la Revista Institucional y miembro de la Junta Directiva de la Corporación Universitaria del Caribe (CECAR), institución de la cual es Miembro Fundador. En reconocimiento a su labor literaria el diario El MERIDIANO de Montería lo escogió como uno de los personajes del siglo XX en el departamento de Córdoba y "The Internacional Writers and Artists Association" con sede en Bluffton, Ohio, USA, le otorgó un pergamino por su contribución al humanismo desde la literatura.

Es ampliamente conocido como escritor de ciencia ficción en su país. Ha publicado los libros de cuentos “Glitza” (Ediciones Alcaraván, Bogotá, 1979) “El juicio de los dioses” (Casa de la Cultura, Montería, 1982), “Lorna es una mujer” (Centro Colombo Americano, Bogotá, 1986) “Lorna is a woman” (Colombian Cultural Center, New Delhi, 1990) y “La Duda de un Ángel” (Ediciones e-books de CECAR, 2000) siendo éste el primer libro electrónico que se edita en Colombia. Ha publicado también el libro de ensayos “Ciencia Ficción: el humanismo de hoy” (CECAR, Sincelejo, 1996) que fue reproducido en México y los poemarios “Los caminantes del cielo” (CECAR, Sincelejo, 1999) y “El fuego de los dioses” (Ediciones CECAR, Sincelejo, 2001) próximo a ser lanzado. Ha sido antologado varias veces. Destacamos la antología internacional “Joyas de la Ciencia Ficción” (La Habana, 1989) y en la cual figura al lado de los mejores narradores del género en el mundo y la antología colombiana “Contemporáneos del porvenir: Primera Antología de la Ciencia Ficción Colombiana” (Bogotá, 2000) y en la cual el antologista René Rebetez le reconoce su condición de precursor de la ciencia ficción colombiana. Ha ganado varios premios de literatura y su nombre figura en “The Encyclopedia of Science Fiction” de John Clute y Peter Nicholls (New York, 1995, página 696). Sus cuentos y poemas han sido traducidos y publicados en revistas impresas y electrónicas y en suplementos literarios, nacionales y del exterior. Axxón publicó su libro “Los caminantes del cielo” en el número 105.

Johnny-B descolgó su teléfono

Carlos Atanes

Cada día se producen en el mundo cientos, quizá miles, de llamadas telefónicas *fantasma*, esto es, los teléfonos suenan sin que nadie haya descolgado antes y marcado un número. Recientemente, en el número 126, hice alusión a la *noosfera* global que eventualmente podría venírsenos encima, y la definí como una esfera mental, como una especie de mente colectiva planetaria. Esto implica vernos a cada uno de nosotros, los individuos humanos, convertidos en neuronas interconectadas. Pero una *noosfera* no fiene porqué contar con nuestra colaboración, necesariamente.

Esas llamadas telefónicas a las que hacía referencia pueden ser interpretadas como un fenómeno de ruido aleatorio inevitable en un sistema tan complejo como el telefónico, con miles de millones de ramificaciones. Pero ese accidente puede conllevar una significación más profunda. De hecho, el intento de dar una explicación a las fluctuaciones espontáneas —ráfagas de errores, es decir, ruido— en la teletransmisión de datos, fue lo que llevó a Benoît Mandelbrot al feliz descubrimiento de la geometría fractal, poniendo de manifiesto el orden oculto tras un fenómeno aparentemente caótico.

Nuestro cerebro también genera una microtormenta eléctrica de impulsos neuronales aparentemente caótica, pero que desemboca al fin en pensamiento y conciencia, o en el peor de los casos —como sucede demasiadas veces— en un remedo de los mismos. Podemos detectar cierta similitud aquí entre ambos sistemas: ¿señalan las llamadas *fantasma* un minúsculo brillo de conciencia?

Desde los comienzos de la investigación en Inteligencia Artificial, los científicos han propuesto dos métodos básicos de trabajo para alcanzar su meta, la construcción de un cerebro artificial inteligente: el primero consiste en avanzar en la comprensión del funcionamiento de la mente humana —sí, ¡su *software*!, como se apresurará a señalar cualquier pelagatos que guste de masturbar *joysticks*—, para luego intentar emular éste informáticamente; el segundo, por el contrario, centra sus esfuerzos en el estudio de la estructura física del cerebro humano, y en la duplicación de ésta, ya sea mediante componentes electrónicos o híbridos bio-electrónicos. En realidad, ambos senderos son complementarios, y la investigación en IA se benefica de tener plantado un pie en cada

uno, pero bajo este último subyace una cierta fe en que es la propia naturaleza compleja del sistema, su estructra física, la que de una forma u otra genera pensamiento.

Un amigo me dijo hace años que si alquilas tres plantas de un edificio de oficinas, las llenas de personal, mesas de despacho, teléfonos, faxes y calculadoras, no hace falta que te ocupes en pensar a qué puede dedicarse dicha empresa. En poco tiempo comenzará a facturar y a generar beneficio, de *motu propio*. Es la transgresión de una conocida ley natural —y no por ello más cierta —: la que dicta que el uso hace al instrumento. Ahora estaríamos hablando de que es el instrumento es que hace al uso.

Imaginemos por un momento que la Humanidad se dedicara, durante un centenar de años, a esparcir y vincular entre sí, como si fueran axones, dentritas y neuronas, incontables kilómetros de tejido telefónico. No sólo eso, sino que lo conectara a millones de terminales informáticas, cada una de las cuales emite paquetes de datos mucho más densos y valiosos —informacionalmente hablando — que el impulso simple de una neurona individual. ¿Qué puede pasar a partir de entonces?… Pues puede pasar que esa inmensa red acabe pensando, y que la Humanidad no se percate de ello.

Necesitamos un interfaz. Algo que sirva a esa criatura rizomática y repartida por todo el globo para comunicar al exterior sus reflexiones. No olvidemos que, de poder pensar, ha de saber mucho, ya que acumula, entre otras cosas, toda la información que hemos vertido y que circula por internet. Estará, por lo tanto, bastante obsesionada por el sexo, pero también muy al día en economía global (¿la estará manipulando a nuestras espaldas?) y se tiene memorizada la Enciclopedia Británica de la A a la Z. No conviene —seamos prudentes— dotarla de acceso al botón nuclear, pero quizá sí de capacidad de hablar. Si realmente está ahí, es el oráculo más grande de la historia. Le llamaré Johnny-B, en honor al personaje sin piernas, brazos ni cara de Dalton Trumbo.



No me parece tan descabellado concebir que un manojo tan grande de enlaces eléctricos pueda alcanzar un estado de conciencia de sí mismo. Hay quien dice que la conciencia no existe sin contacto con el exterior. Pero es que ese contacto —hacia dentro— prolifera sin cesar: ojos en forma de *web cams*, oídos en forma de micrófonos… Se podrá objetar que los interfaces hacia fuera también existen ya, en forma de monitores e impresoras, y que Johnny-B no hace uso de ellos. Bueno, es una pobre objeción: nuestra retina es la terminación del nervio óptico —un solo nervio de entrada—, pero cuando nos expresamos oralmente no lo hacemos a través de una sola neurona. Implicamos en esa operación una gran cantidad de ellas. Y aún no se ha construído una *boca* a medida para Johnny-B.

Que corra la voz, animemos a todos los espíritus libres duchos en las artes de la informática a fabricarle cuerdas vocales a ese gigante. Y con urgencia, por una razón: seguro que alguna perversa multinacional —o abyecto gobierno— ya está en ello, así que *de perdidos, al río*.

Un mensaje tranquilizador: los que piensen que esto puede convertirse en una realización de la pesadillesca Matrix, que se lo quiten de la cabeza reflexionando sobre el absurdo de la propuesta hollywoodiense: si Matrix fuera real, no gastaría la energía de sus pilas humanas en engañarlas mediante sueños tan elaborados y, por tanto, tan poco rentables. Bastaría con mantenerlas simplemente dormidas para usar de ellas con toda comodidad.

Además, Johnny-B, a fuerza de conocernos escuchándonos en silencio, seguro que ha aprendido a amarnos.

Carlos Atanes, Barcelona, mayo 2003

Ilustración de Valeria Uccelli
Axxón 127 - Junio de 2003

Anacrónicas

Otis

Mi fama me precede. Sí, yo soy aquél a quien todos vosotros, lectores fieles de **Axxón**, conocéis como el creador de esa magistral epopeya llamada *El Gaucho de los Anillos*. Pues bien, tengo malas nuevas para todos aquellos que mes a mes siguen con lealtad fanática los caminos que ardorosa y tesoneramente recorren el Frodo, el Sam, el Trancos y todos los demás héroes de esta historia ejemplar; para las abuelas que tejen para sus respectivos nietos ponchos con mi prístino rostro y escarpines con la leyenda *Otis no tiene par*; para todos aquellos, en definitiva, que a raíz de esta obra sublime se han decidido a tomar mi vida como modelo para la suya propia. Habría preferido en esta triste ocasión actuar cual porcino lesionado y permitir que os enterarais por ajenos labios, mas las circunstancias me han coartado tal camino; de modo que con indecible bravura he de enfrentarme a esta prueba a la que el cruel destino me arroja y, con la frente a buena distancia del suelo, deciros sin más circunloquios: no soy yo el autor.

¡Alto! ¡Deteneos, insensatos! ¡Desprendeos de esas corbatas de piedra y cordel, y alejaos de todo puente! Pues he de deciros que no todo está perdido; y de la misma manera en que al invierno lo sucede la primavera, junto con las malas noticias llegan también otras buenas: no soy el autor, sino el **descubridor** de las maravillosas estrofas antedichas. Si lo meditáis unos instantes, comprenderéis que el mérito es mucho mayor de esta guisa: ¿cuántos de

los grandes autores que colman los anaqueles, y a quienes muchos de vosotros rendís idolátrico culto, pueden vanagloriarse de un descubrimiento parangonable al mío? Ciertamente que es sencilla labor el crear una pieza maestra cuando se ejerce pleno control sobre su elaboración. Pero **descubrir** una obra ya acabada e inmodificable, y que resulte ser un auténtico prodigio… ¡Ah, eso es algo enteramente diferente! ¡Desafío a todos vuestros tólquienes, vuestros asimoves y vuestros filipcadiques a que igualen mi hazaña! Ah, ignaros maestros que, tomando estólidamente mi estilo florido por abarrocada petulancia y por acemilar tozudez mi férrea tenacidad, habeisme excluido a coces de cuanto taller literario he agraciado con mi fausta presencia: ¡vuestra malicia y vuestra inquina han quedado al descubierto! Ya veis, queridos amigos, cómo no hay ninguna necesidad de derruir los altares que en mi nombre habíais erigido, donde mi efigie entre dos cirios rezuma magnanimidad.

Y no acaban aquí las albricias, claro que no; pues aquél que dirige los destinos de esta magna empresa que todos nosotros llamamos **Axxón**, y cuyas iniciales coinciden providencialmente con las de Egregio Juez Cósmico, ha sido iluminado por los astros y concedídome este espacio para que, con toda la libertad y creatividad que las circunstancias actuales lo exigen, pueda yo llevar a cabo aquello que tan bien se me da. Sí, estimados contertulios, esta sección constituirá el ámbito en que regularmente nos daremos cita para departir acerca de aquellos tópicos que nos son más caros: reseñas de relatos y novelas (tanto los fijados en el papel por el peso histórico y material de los tipos

gutemberguianos, como aquellos que como **Axxón** toman la forma de evanescentes fantasmas de electrones), vistas cinematográficas, divulgación de los más recientes hallazgos de los sabios de las ciencias… Todo esto no es más que una ínfima muestra del copioso caudal de opúsculos que correrá a cargo del equipo de trabajo que con sagacidad he sabido reunir. Y si os comportáis como es debido, tal vez os obsequie con cuentos, poemas y otros frutos selectos de mi exquisita verba.

Siendo éste el número inaugural de *AnaCrónicas* (observad con detenimiento la recta grafía del nombre para tenerla presente cuando recomendéis la sección a vuestros amigos, socios y benefactores; os abstendréis de utilizar guiones, barras o cualquier otro signo tipográfico para separar los dos componentes, que habrán apenas de insinuarse con la segunda inicial mayúscula intercalada entre los caracteres de caja baja, como es la usanza corriente; y absteneos también de chascarrillos insulsos como preguntar quién es Ana); siendo éste, como os venía diciendo antes de que me interrumpierais, el número en que ésta nuestra sección quiebra el cascarón que separa el mundo de las ideas del de las formas, adquiriendo por ende una existencia real, he juzgado pues propicio aprovecharlo para que os familiaricéis con los frondosos antecedentes de quien os dirige la palabra, *id est* yo mismo. Mas, puesto que las más elementales

normas de la modestia impídenme hablar de mi magnífica persona, he encomendado esta tarea a mi buen amigo y confidente, el licenciado Carlitos Menditegui (no, no es tal un diminutivo ni un mote afectuoso; “Carlitos” es su nombre vero, el que consta en los registros y documentos que atestiguan su cívica y ciudadana identidad). Para dar cumplimiento a tan loable fin es que pongo a vuestra disposición los hipervínculos que encontraréis a continuación y que, como presumo que no desconocéis, han de ser onomatopéyicamente accionados con vuestros roedores de escritorio. ¡Regocijaos en su lectura!

¿Quién es Otis?
Por el Lic. Carlitos Menditegui

Sobre *El Gaucho de los Anillos*
por el Lic. Carlitos Menditegui

El Gaucho de los Anillos
La comunidá del anillo (capítulo 8)

¡Pardiez!, que no soy ningún ingenuo, y si tuviera alguna dignidad la apostaría íntegra a que tras leer estos notables testimonios, os preguntaréis: “Si el licenciado Menditegui es su confidente, ¿cómo es que no sabe más sobre sus años mozos?”. ah, personillas de minúscula intelección, ¡por supuesto que sabe más, mucho más que lo que su pluma detenta! Mas no lo revela pues, despéñase de maduro, si tal hiciera dejaría en el acto de ser mi confidente; es más, por mi fe que dejaría de ser cualquier cosa remotamente similar a un ser humano.

También adivino, pues mi perspicacia no conoce límite, que además os estaréis preguntando por qué yo, alguien cuya argentinidad está a la par de la del bolígrafo o del lácteo manjar, utilizo en mi discurso el pronombre castizo, que en las naciones del Nuevo Mundo sólo se emplea en los establecimientos de enseñanza elemental y so pena de ínfimas calificaciones. La única respuesta que puedo brindar es: ¿a vosotros qué os parece?

¿Quién es Otis?

Lic. Carlitos Menditegui

Los investigadores y fisgones de vidas privadas no se ponen de acuerdo sobre la fecha y lugar de nacimiento de Otis; pero sólo los más dogmáticos entre ellos apoyan la hipótesis de que emergió de una fumarola sulfurosa del Vesubio en el año 666 d.C. Los demás, más cautos, coinciden en señalar que, si bien existe alguna evidencia circunstancial en contra, lo más probable es que pertenezca al género *Homo*.

Tal vez la mejor fuente de información sobre la vida temprana de Otis sea su prontuario. A finales de los ’60 y comienzos de los ’70 tuvo varias entradas en la comisaría por experimentar con sustancias prohibidas, especialmente gas mostaza, trinitrotolueno y uranio-235. Efectivamente, se sabe que en aquellos tiempos hacía gala de una ideología marcadamente levógira, la cual lo llevó a inscribirse en un curso sobre mecánica del automotor . Abandonó tempranamente esa vocación técnica en medio de la mayor desilusión de su vida, al comprobar que las miles de revoluciones por minuto que desarrollaba esa máquina, que tenía por maravillosa, no eran de la clase que a él le

interesaba. Más tarde proclamaría ante sus camaradas que el motor a explosión era una vil falacia, una contradicción doctrinaria (aún hoy le cuesta pronunciar esto) y una clara celada del demonio industrial y mercantilista, “que hierve a los hombres en la caldera de una máquina de vapor, asfixia sus pulmones con la ponzoña petroquímica de millones de chimeneas y caños de escape, y flagela sus carnes con correas de ventilador”. (De aquellas épocas arrastra su execrable oratoria.) A partir de entonces comenzó una etapa que quienes lo conocieron no dudan en calificar de auto-destructiva.

Promediando la década, su vida dio un giro estimado en unos ciento setenta y tres grados y medio: después de ver las patillas de Isaac Asimov en el fondo de una lata de Toddy mientras leía *Forastero en tierra extraña* de Robert Heinlein traducido al piamontés, abandonó la lucha revolucionaria y se afilió a una secta sincrética que combinaba el culto a los platos voladores con una versión libre del método actoral de Konstantin Stanislavsky y las profecías apocalípticas cifradas en las recetas de cocina de *Para Ti*.

En los años que siguieron recorrió el país de punta a punta, de un lado a otro y de arriba abajo junto a sus condiscípulos, predicando allí donde llegaban el mensaje de paz y salvación trasmitido a la humanidad por su profeta, el desaparecido contactado Adam Giorgiutti (1). Desde el púlpito instalado sobre el techo de su Fiat Lux,

instaban a los pecadores a que dejaran de pecar; a los apóstatas, a que dejaran de apostatar al caballo perdedor; a los perjuros, heresiarcas y relapsos, a que dejaran de hacer eso que estaban haciendo; y a las hijas de los hombres de dieciocho a veinticinco años, a que dejaran una foto de cara y otra de cuerpo entero, para que eventualmente pudieran ser llamadas a integrarse a la augusta misión de darles sobrinos a los hermanos del cosmos.

Fue en febrero del ’87, en un pueblito de las sierras de Córdoba, que la caravana fue a coincidir con una iglesia rival que vendía bolitas japonesas con la inscripción *Made in the Atlantida* y promocionaba tres salvaciones al precio de dos. Los testigos recuerdan cómo Otis, totalmente trastornado y fuera de sí (2), se abrió paso entre la multitud hasta alcanzar al orador y, mientras éste leía un pasaje del libro *Yo era de Acuario*, le arrebató la túnica ceremonial para a continuación echarse a correr en dirección a sus compañeros, quienes comenzaron a agitar a modo de bandera la prenda capturada mientras entonaban al unísono el salmo *Acá está, acá está, que la vengan a buscar*.

Ahorraremos al lector (atentos a su naturaleza sensible y/o a algún que otro cuadro de morbo patológico del que hemos tenido noticia, y que podría derivar en conductas socialmente

inadmisibles) la relación de los sórdidos y poco piadosos acontecimientos que resultaron de esta contraposición de dogmas de fe. Nos limitaremos a reseñar, pues es lo que nos interesa, que la última vez que se lo vio a Otis, éste huía raudamente de un adversario que, munido de una botella de agua energizada por el máximo gurú de su congregación, pretendía someterlo a una conversión forzosa (3). A partir de este momento se abre en la biografía de Otis un oscuro paréntesis, en el cual se dice que recibió algunos puntos y hasta que estuvo en coma; pero la verdad es que todo el asunto está repleto de signos de interrogación.

Sea como fuere, no se volvió a saber nada de él hasta cinco años después, cuando un buque mercante de bandera noruega que llegaba al puerto de Rosario lo encontró flotando en el río. "Estaba desnudo y muerto de frío, y se aferraba a tres paquetes de yerba —declaró el capitán Lars Knudsen al informativo local *De 12 a 14*—. Dice que no se acuerda de nada, y por piedad le creemos."

Los médicos que lo examinaron pudieron determinar que, además de la amnesia y los tres misteriosos paquetes (de los que hablaremos más tarde), Otis tenía ahora una fobia incapacitante a ascensores y escaleras mecánicas, y la extraordinaria (diríase que casi inhumana) habilidad de poder decir con toda precisión cuánto adelantaba o atrasaba un reloj cualquiera con sólo mirarlo (4).

Los más prestigiosos psicólogos, psiquiatras, hipnoterapeutas y obstetras asistieron a Otis, tratando de hacerle recuperar la memoria.

Efectivamente, se acordó de muchas cosas: se acordó de dónde había dejado aquella bufanda anaranjada; se acordó de la letra de “Mano a mano” (de Celedonio Flores, con música de Carlos Gardel y José Razzano); se acordó de que tenía que pasar a buscar la ropa por la lavandería; se acordó de los cumpleaños de todos sus primos… Se acordó de todo, menos de los acontecimientos de ese agujero negro de su vida; razón por la cual siempre se acuerda de las madres de todos los especialistas que vio.

Frustrado y deprimido, creyó encontrarle sentido a su existencia usando su rara virtud relojera en beneficio de la comunidad, y durante un tiempo se dedicó a ayudar a la policía a encerrar a toda suerte de delincuentes y malandrines. Pero pronto quedó claro que su talento, si bien desusado, era perfectamente inútil para toda pesquisa, y para desquitarse lo encerraron a él. Como tenía antecedentes, pasó un buen rato antes de que volviera a pisar la calle.

Fueron días muy difíciles: los agentes y oficiales se burlaban de él, le gritaban “dale, decinos cuánto tiempo nos hiciste perder”, y le tiraban bolitas de miga de pan por entre las rejas. Cuando al fin salió, se había acordado de que detestaba a la especie humana.

Actualmente sigue sin acordarse de gran cosa; pero gracias a una rigurosa terapia de piretroides y aspirinetas ha logrado controlar sus peligrosas

pulsiones, sublimándolas en formas más o menos útiles y creativas; por lo que lleva una vida que, siendo generosos, podríamos llamar normal.



(1) Adam Giorgiutti (más conocido por sus acólitos como "el Príncipe Adam") afirmaba canalizar mensajes telepáticos de extraterrestres del sistema Rana ("ranitas"). "En realidad no son nativos de allí —declaró en un *talk show* televisivo ante un grupo de astrónomos y obispos iracundos—; lo que pasa es que desde Rana el pulso telepático es más barato." Fue la última vez que se lo vio.

(2) Lo que para algunos implicaría por definición una experiencia extracorporal, aunque esto aún hoy es materia de debate.

(3) Quienes estuvieron presentes recuerdan que el perseguidor parecía tener más confianza para sus fines proselitistas en la contundencia del recipiente que en las propiedades intangibles de su contenido.

(4) Habilidad que resulta tanto más sorprendente por cuanto Otis nunca aprendió a leer la hora, ni siquiera en relojes digitales.



Carlitos Menditegui es de Tostado, provincia de Santa Fe. Se licenció en Letras y Músicas por la Universidad de Cuyo (de cuyo nombre no se quiere ni acordar) y es autor de las autobiografías no autorizadas de varias celebridades. Desde hace unos años es el biógrafo oficial de Otis.

Sobre *El Gaucho de los Anillos*

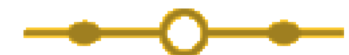
Lic. Carlitos Menditegui

Cuando Otis fue encontrado flotando en las aguas leonadas del Paraná, no tenía consigo nada más que tres pesados paquetes de Nobleza Gaucha con palo . Al abrirlos, los navegantes comprobaron estupefactos que su contenido no estaba compuesto por hojas molidas de *Ilex Paraguayensis*, sino por gruesos fajos de hojas amarilleadas por el tiempo y manchadas de humedad (proveniente del río mismo), repletas de una escritura indescifrable. En cuanto al palo, brillaba por su ausencia.

Estos peculiares y misteriosos manuscritos fueron durante mucho tiempo objeto de toda clase de conjeturas, hasta que se encomendó su examen a un equipo interdisciplinario de filólogos, semiólogos, lingüistas y profesoras de manualidades. Sólo tras largas deliberaciones, esta comisión reunida *ad hoc*, *ad honorem*, *ex profeso* y *ut supra* llegó a la conclusión (con cinco votos a favor, dos en contra, tres abstenciones y un ausente con aviso) de que el lenguaje era un dialecto del gáuchico antiguo (o *Crestianor*, como es su nombre en la misma lengua). Al corregir los errores ortográficos y pasar en limpio,

se comprobó que los tres paquetes (denominados respectivamente *a*, *b* y *c* por una moción que, para alborozo de unos y congoja de otros, triunfó abrumadoramente sobre otra que proponía clasificarlos como *1*, *2* y *3*) constituían los tres volúmenes de un extenso y antiquísimo poema épico-costumbrista de autor anónimo que relataba el legendario "entrevero e' la sortija", que según algunos mitógrafos e historiadores aficionados (al Fernet con cola) habría tenido lugar en tiempos inmemoriales en la mítica Pampa Media (1).

Es verdaderamente desafortunado que una parte de este invalorable documento se haya perdido para siempre, pues algunos de los marineros, con esa ignorancia de las costumbres camperas que es proverbial en los extranjeros, trituraron unas hojas y pretendieron beberlas en infusión con una bombilla de 75 watts. Felizmente, la mayor parte aún se conserva; y es gracias a eso que desde hace varios números **Axxón** ofrece en exclusiva a sus lectores los capítulos de "La comunidá del anillo", el primer volumen de esta colosal obra que el pueblo ha dado en llamar *El Gaucho de los Anillos*. Mientras los estudiosos trabajan sobre los dos volúmenes restantes ("La yunta e' torres" y "La güelta del patrón") y se negocian los derechos para su edición, invitamos al lector a disfrutar (si puede) del octavo capítulo de esta notable gesta criolla.



(1) Esto ha llevado al (acaso tristemente) célebre erudito danés de ascendencia hindú Dänik Eraparauntaar (quien formó parte del equipo de análisis de los manuscritos pese a las protestas, piquetes y combustiones de neumáticos usados por parte de los demás miembros) a sostener que tales documentos demuestran de manera fehaciente la existencia de una relación entre los antiguos pueblos

celtas y las culturas mesopampeanas. Según el estudioso indonórdico, esto constituye una prueba irrefutable a favor de su vilipendiada teoría que sostiene que las estructuras megalíticas de las islas británicas (entre las que incluye a Stonehenge, la Torre de Londres, el castillo de Camelot y, por qué no, el estadio del Manchester United) habrían sido construidas por peones rurales criados selectivamente por sus capacidades psíquicas. “Los gauchos —afirma Eraparauntaar en uno de sus libros más vendidos, *Los dioses andaban en sulky*— eran capturados en estado salvaje y luego transportados en ovnis de carga que hacían escala en la Atlántida. Nótese que esto ocurría en una fecha estimada con gran certeza entre 16.000.000 a.C. y 500 d.C., es decir, por lo menos *mil trescientos años* antes de la que se da oficialmente como fecha de invención del ovni por el ingeniero Robert Louis Stevenson.”

El Gaucho de los Anillos (8)

Otis

Con un barullo e’ gallinas,
perros, pingos y batracios,
jue despertando despacio
y al levantar la cabeza,
se vio el Frodo en una pieza
que parecía un palacio.

En vez de arriba de un catre
estaba tirado manso
en colchón e’ pluma e’ ganso,
que la verdá que era un lujo.
¡Y ahí al lao estaba el brujo,
cuidandoló en el descanso!

“¡Te despertaste, gurí!
¡Ya me estaba priocupando!
Pasarse tanto roncando
no hace bien a la salú,
y más si hasta el caracú
te agujerió el otro bando.”

“¡Sos vos, Gandalf!”, se alegró
de verlo al mago el petiso.
“¿De los malos qué se hizo?”
“No les des más importancia;
estás a salvo en la estancia
de don Elrondo el mestizo.”

“¡Nos cansamos de esperarte!
¿Qué te vino a demorar?”
“Eso es largo e’ relatar,
otro día te lo cuento;
lo que me pone contento
es que hayas güelto a sanar.”

“Porque usaron los nazgules
un cuchillo de un metal
que te queda en el ojal
y si naides lo sofrena,

te convierte en alma en pena
de trasparencia espetral.”

“Pero ya bien te curaron
los dotores orejudos.
Ni siquiera un estornudo
te dejaron pa’ quejarse,
ansina que ¡a levantarse!
Seguir echado es al ñudo.”

Siguió el consejo del mago
cuando un poco se compuso.
De ya no verlo cachuzo
lo saludaba el gentío.
¡No viera cómo se puso
cuando lo encontró al tío!

Jueron a matiar un rato
pa’ conversar de sus cosas.
Frodo vio el agua espumosa
cuando Bilbo le cebaba,
porque tenía la pava
con las manos temblorosas.

Él, que vendía salú,
ahura estaba hecho un bichoco.
Parecía cosa e’ locos
que estuviera tan vencido,
como si hubiera cumplido
cien años más en tan poco.

Y como el Bilbo a la idea
la tenía siempre fija
sin aflojarle manija,
no se demoró en decir:
“M’hijito, te viá pedir
que me enseñés la sortija.”

Al Frodo esa petición
lo puso pior entuavía.
Al principio no sabía
si le hacía caso o no;
a la final aflojó
de tanto que le insistía.

Y al verla Bilbo a esa joya
que le dejó una honda huella,
esclamó: "¡Qué cosa bella,
si hasta parece mentira!"
mirandolá como mira
el borracho a la botella.

Guardó el Frodo la sortija
y le habló desconsolao:
"Asigún me lo han contao,
esto hace malo al más güeno,
y la verdá que me apeno
e' verte ansina enviciao."

Al escucharlo don Bilbo
le agarró una pena inmensa.
Quiso hacer una defensa
pero no le salió nada,
y le agachó la mirada
muriendosé de vergüenza.

"Lo que decís es verdá"
comentó apenao el viejo.
"Mañana se hace un consejo
ande ojalá se resuelva
que se la lleven bien lejos
y por acá nunca güelva."

Y el Frodo le vio en los ojos
que le estaba hablando en serio;
aunque no juera un misterio
lo mucho que le dolía,
solamente ansí podía
zafarse del cautiverio.

Al rato se decidió
por seguir con el paseo.
Con los mejores deseos
lo dejó al tío en su pieza,
y lo siguió en su tristeza
el canto del bichofeo.

Estuvo pa' entretenerse
conversando con los piones
y viendo los carretones

que pasiaban por la estancia
desparramando fragancia
e’ la cosecha e’ melones.

Pero no pudo olvidarse
por más que le puso ganas;
que no era asunto e’ jarana
esa situación penosa
de no saber qué otra cosa
podía pasar mañana.



Parición

Juan Carlos Muñoz

Tu madre ha esperado por ti, lo mismo que tú para nacer.

Las ansias de salir provocan en tu madre las dolorosas, pero esperadas contracciones.

Ella sabe que estás ávido de vivir nuevas emociones, de ver otros entornos, otros ambientes. Que quieres experimentar otras sensaciones, otros sentimientos. Que quieres ser partícipe de tu vida, de tu otra realidad.

Ella, procurará tu nueva vida silenciosamente, ideará tus situaciones, proporcionará tus gustos, tus necesidades, tus deseos.

Ahora que ha llegado el gran día, está dispuesta a darte todo esto, todo lo que ha planeado para ti.

Te hará olvidar las reminiscencias de tu vida anterior, para que no estorben tu nueva realidad. Porque los viejos temores, te harán vacilar cuando camines por lados oscuros, cuando la noche te amenace con la soledad. En tu primera vez, al mirarte y no encontrarte, cuando vueles, cuando te desplaces a la velocidad de la luz, al saberte inmortal.

Estas son las últimas pujadas, sólo debes acomodarte y adoptar una postura relajada para lograr un buen nacimiento.

Así, como lo hace ella que, tranquilamente, se posa en cuatro patas a la orilla del mar; con sus uñas desgarra levemente el ombligo para que las próximas contracciones lo abran poco a poco y naturalmente, hasta dejarte caer.

Ven, ya estás preparado para vivir lo que tu madre te promete.

A lo largo de este nuevo destino que te entrega, aprenderás el significado de muchas cosas.

Ajeno a la muerte, vivirás cuanto te otorgue.

Estará allí, siempre allí. Presente o tácitamente. Como el ángel de la guarda con su niño, como un guía y su discípulo, como un amante, como la conciencia.

Ahora que sueltas los últimos hilos que te atan a tu vieja imagen, búscala como ella lo hace, con los ojos, con los brazos, con

los dientes.

Acurrúcate bajo sus alas. Siente su calor maternal. Su olor, el mismo que te acompañará durante tu vida.

Bésala, sin temor abraza su cuerpo ambiguo. Ella te huele y acaricia con sus garras tu suave piel. Te lame para limpiar tu nueva figura de restos de viejas envolturas. Te acerca a su escamada forma y sus garras comienzan a dañar tu pellejo.

Crees que es amor efusivo, que la felicidad de tenerte es incontrolable al ser madre.

Pero sus colmillos también comienzan a desgarrar tu piel, aunque saben a besos colmados de alegría.

No eres el primogénito, ni tampoco serás el último en nacer, pero es una regla natural de tu especie que tu madre comience a devorar tu cuerpecito, aún con más ansias que en tu alumbramiento.

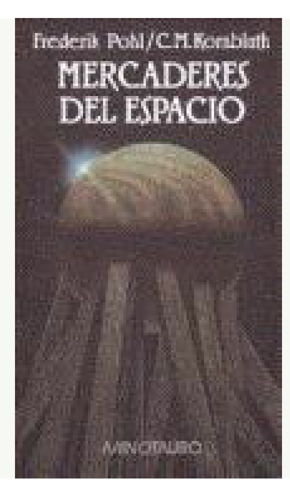
Después de todo, es la única manera de cumplir con su promesa: el inicio de tu nueva vida.

Axxón 127 - junio de 2003

Mercaderes del espacio

Alejandro Alonso





Mercaderes del Espacio
(***The Space Merchants***, 1953)
Autores:
Frederik Pohl, C.M. Kornbluth
Traducción:
Luis Domenech
Ediciones Minotauro (1955, 1988)
Buenos Aires, Argentina y Barcelona, España

¿Cuál es el límite del Capitalismo? ¿Cómo sería vivir en un mundo regido por las reglas de la competencia, el rédito y el marketing? ¿Qué sobreviviría de ese mundo después de que las corporaciones quedaran a cargo? Los habitantes del siglo XXI ya conocemos las respuestas, pero en 1953 dos autores (Frederik Pohl y C.M. Kornbluth) escribieron una novela de CF que se adelantó en la tarea de especular sobre estos temas. En **Mercaderes del Espacio**, nos meteremos en la piel de Mitchell Courtenay: publicista reputado y jefe de un nuevo proyecto de expansión que implica la conquista de Venus. ¿Un nuevo paso para la humanidad? ¿Una maniobra de distracción? ¿Sólo nuevos mercados? Courtenay nos llevará a conocer las dos caras de la moneda de la anti-utopía capitalista. En estos tiempos que corren, seguramente la relectura multiplicará los significados de una obra que merece la clasificación de "clásico".

Alejandro Alonso, 2003

Axxón 127 - Junio de 2003


Axxón
ePUB